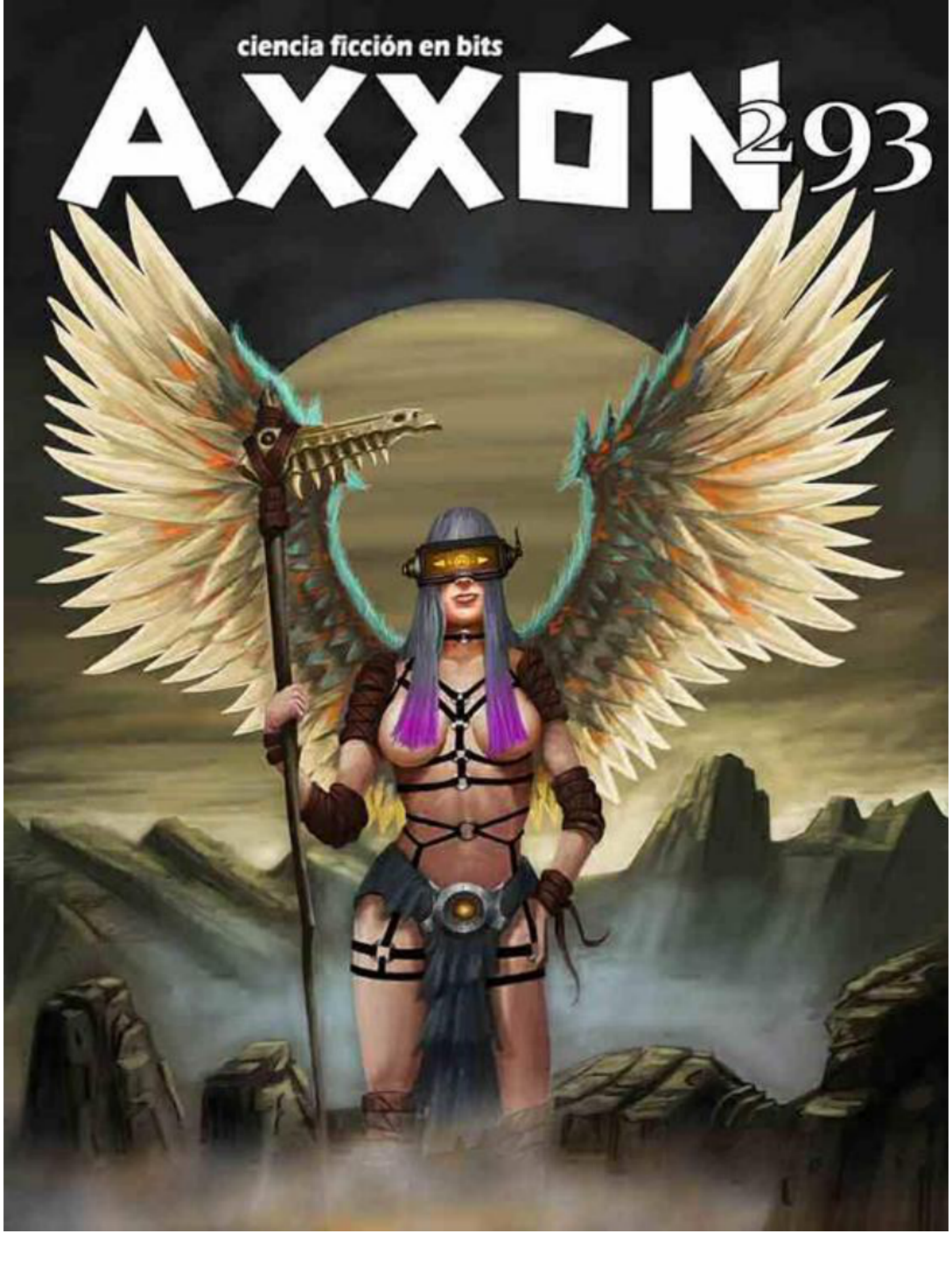

ciencia ficción en bits
AXXÓN
293

Axxón 293, junio de 2020

Acerca de esta versión

Editorial - Axxón 293

ARGENTINA

Este nuevo número de Axxón nos encuentra en una situación sorprendente, opresiva, que si nos la hubiera contado un visitante del futuro difícilmente habríamos creído. Una pandemia con un impensado nivel de contagio nos tiene a muchos encerrados en nuestras casas, sin poder contactarnos con nuestros seres queridos, en muchos casos sin poder trabajar, las economías del mundo frenadas; en muchos casos, agrupados de forma incómoda con personas que ya no pueden trasladarse, o en convivencia incómoda, poniendo a prueba muchas de nuestras capacidades. Como siempre, las acciones que cada país emprende en respuesta a una crisis inédita revela su matriz ideológica profunda de forma clara. Comparamos las acciones de los jefes de estado y sabemos qué valoran más. Cada quién, para su coleto, decidirá qué acciones son más o menos apropiadas. Sólo la historia posterior nos permitirá evaluar con más objetividad cuáles acciones fueron las mejores. (Y aquí, dependiendo de cuáles sean esas acciones, estamos en una situación en la que podemos temer que queden pocos para contar la historia.)

La universalidad del impacto de esta crisis me hizo pensar en ficciones que he leído o visto en las que el encierro o el hacinamiento juegan un papel principal.

- En *ORA:CLE*, de Kevin O'Donnell, las personas no salen de sus departamentos porque cada centímetro de suelo tiene plantas en un intento de reducir el CO_2 del aire y porque una raza de seres extraterrestres aviformes e inteligentes se entretienen cazando humanos en la Tierra; allí todas las casas están conectadas a la Red (el autor no llega a imaginar Internet) y, por lo tanto, si alguien se opone a algún interés prestablecido es vulnerable a un ataque exterior. Hay "primitivos" que

viven a la intemperie, pero la historia se cuenta desde el punto de vista de quienes tienen un domicilio y forman parte de la economía digital.

- En la serie *Counterpart*, ciertos experimentos nunca explicitados produjeron la creación de un (único) universo alternativo, al cual se tiene acceso restringido y con el que se ha establecido acceso diplomático. En ese universo alternativo hubo, recientemente, una pandemia (causada por una variante de la gripe) que produjo una cantidad tremenda de muertes y que ha cambiado las normas de interacción social para siempre. Cuando uno de los personajes de nuestro lado viaja al universo alternativo, actúa sin pensar y le ofrece estrechar su mano a uno de los miembros de la delegación del mundo alterno, quien observa al personaje con horror: claramente piensa sólo alguien que no ha sufrido una pandemia tan devastadora es capaz de ofrecer contacto físico con un extraño con tanta ligereza.
- Varias películas tratan el tema de un contagio generalizado de una enfermedad nueva, en general derivada de otra enfermedad de origen animal, y la facilidad con la que se propaga hasta que los protagonistas consiguen contenerla.

Cabe preguntarse qué tan eficaz y qué tan rápido será el trabajo de los científicos para responder a la pandemia. Lo que sí se ha visto es la propagación sumamente veloz de ideas falsas, absurdas o peligrosas en un momento en que la racionalidad sería la mejor opción.

Los pensamientos conspirativos que buscan asignar a toda crisis seria un propósito cuidadosamente orquestado desde las sombras, sembrando falsedades universales sobre la severidad de la COVID-19 para ejercer un mayor control de la población. Es una cosa notar que en muchos casos los poderes existentes aprovechen una crisis para ajustar las tuercas a la población en su propio beneficio, y otra muy distinta que toda la crisis haya sido planificada desde el principio con un propósito claro y perfectamente evaluado, con un resultado coincidente a la perfección con ese propósito.

Las teorías conspirativas desestiman el error humano, la imposibilidad de mantener un secreto durante largos períodos por parte de grupos numerosos de personas, y el absurdo de las premisas. En una ensalada de desinformaciones y disparates, se mezclan los presuntos autoritarismos que serían la verdadera causa de las cuarentenas, con los Illuminati, la comunicación 5G, la inoculación de chips por medio de vacunas (!) y hasta se ha

invocado como parte de la motivación de la presunta falsedad de la pandemia el Nuevo Orden Mundial (!!) y la chatura de la Tierra (!!!).

Encerrados en nuestras casas, convencidos de que ver algunos videos que confirman nuestros prejuicios es “investigación” y obnubilados por nuestra propia necesidad de pertenencia a un grupo que consideramos “mejor informado” en contraposición a las “ovejas”, es fácil dejarnos confundir por la maquinaria interminable generadora de falsa información para consumo popular. Se sabe que la enorme cantidad de datos recolectada sobre nosotros, y que entregamos insensiblemente al navegar todas las plataformas sociales y de telefonía que consumimos, permiten analizarnos de tal modo que no sólo se nos dirigen la publicidad que se estima más apropiada con nuestros gustos, sino las falsas noticias que es más probable que creamos, sin ejercer el juicio crítico sobre ellas. Cierta empresa de análisis de datos muy sonada recientemente se vanagloriaba de haber torcido exitosamente los resultados electorales de varios países en favor de sus clientes. La desconfianza tiene cierta justificación. Pero no alcanza para desbaratar edificios enteros de conocimiento porque un grupo de investigadores de sofá necesita sentirse parte de un grupo de iluminados. Que los gobiernos retaceen información o no revelen la totalidad de sus planes no significa que las vacunas no funcionen, que las estelas de vapor sean venenos que controlan la mente o que el mercurio produzca autismo.

Las crisis mundiales hacen surgir invariablemente lo peor de nosotros: el consumidor acrítico, el odiador serial, el que desestima el bienestar general en aras de su comodidad personal. Puede que sean grupos reducidos, pero se encargan de ser extraordinariamente ruidosos. Hacen que una situación crítica sea aún más invivible. Son los que gritan “fuego” y piden a los bomberos cuando ven de refilón una linterna.

Muchos otros evitan contribuir al caos. En silencio, contribuyen con su labor a la supervivencia del resto. Casi siempre mal pagados, en ocasiones maltratados, hacen su parte para que todos podamos, finalmente, intentar sobreponernos a esta situación tremenda.

Poniendo nuestro granito de arena para aportar material de lectura en este momento de aislamiento, en este número publicamos cinco historias con tono diverso. La primera de ellas es un cuento de nuestro editor, Eduardo Carletti, quien reparó en que su texto más difundido en otros medios (*Minotauro* 11, la antología “El cuento argentino de ciencia ficción” de Pablo Capanna, Página/12) no había sido publicado en Axxón, de modo que en este número

corregimos la omisión. El resto incluye a autores tanto recién llegados a la revista como reencontrados luego de largo tiempo.

Ruta

Eduardo J. Carletti

 **ARGENTINA**

Veo a un hombre en un auto blanco
moviéndose como un fantasma en el horizonte.
Tomen todos sus sueños
y arrójenlos lejos…

—***Yes***

Entrás en la ruta propiamente dicha luego de pasar la rotonda de Mar Chiquita. Los kilómetros se deslizan despacio, mucho más despacio de lo que te gustaría. Encendés la radio, espantado por la falta absoluta de sonidos. Siempre te horrorizó la ruta; el silencio, la soledad, la oscuridad ominosa, envolvente; el riesgo constante a una mala maniobra, un reventón, la rotura de una pieza; cualquier cosa pequeña llevándote inevitablemente hacia la catástrofe.

Estás tenso. Estuviste todo el día lejos de la familia, solucionando los problemas que te causó un ladrón de manos rápidas, verdugo de turistas. La frente te late con suavidad; sentís que la bronca te sale otra vez desde adentro, como ayer, como esta mañana. *Arreglar la cerradura del auto, pedir un préstamo a Julio, cerrar la cuenta del banco, asegurarte de que la denuncia telefónica a Diners haya tenido el curso correcto.* Cosas odiosas. Odiosas.

Cuanto más pensás en todo, más ganas tenés de llegar. Pero los kilómetros son interminables. La vuelta se hace larga. La ruta es oscura; y estás cansado.

Te agachás un instante para ajustar la sintonía. Un dolor súbito en el pecho, punzante, te hace abrir los dedos de ambas manos, separándolas por un momento del contacto con el volante. Te acomodás en el asiento,

cerrando la pequeña ranura de la ventanilla: hace frío. Mucho frío.

La radio sigue desajustada. Se mezclan dos estaciones con programas muy diferentes: la voz resonante de un locutor de noticiero, algo distorsionada por la sintonía incorrecta, y una música suave, cantada en inglés con dulzura maravillosa. Una combinación verdaderamente atroz.

All your imagination, jewel of life. Trece grados. A guiding light. …la reforma finan… a joyous new dawn, a clear …conmoción en el… gifted time…

Ajustás el dial.

Divine Nature. Super Nature.



Ilustración: Pedro Bel

En unos minutos dejás atrás las luces de la rotonda, internándote definitivamente en el túnel largo y difuso que dibujan los faros en la noche. Esperás la aparición de un cartel indicador, pero pasan los kilómetros y no se ve ninguno. De cualquier modo eso no te preocupa: aún sin indicación sabés que faltan menos de cien kilómetros. Una hora.

Te das cuenta de la molestia en los ojos un poco más adelante. No se ve bien; para mantener el auto paralelo a la línea blanca del centro tenés que fijar mucho la vista. Pasas la mano por el interior del vidrio delantero para desempañarlo, mientras el limpiaparabrisas desparrama chorros de agua por el lado de afuera, dejándolo impecable. A pesar de todo no se ve bien. Hay una neblina baja, liviana, no demasiado perceptible, que molesta mucho para manejar.

Bien. Es sólo una hora. Seguís a ciento veinte.

… in this cacophony of life…

Empezás a ver los pájaros unos treinta kilómetros más adelante. Son oscuros, grandes y vuelan lenta, pesadamente. Aparecen casi siempre desde el lado opuesto al mar (tu izquierda en este momento), se deslizan en línea oblicua a escasos centímetros del cemento, tan despacio que parecen

arrastrarse, y se pierden por la derecha, o a veces debajo del auto, aunque en ningún momento sientes un impacto. Son raros: tienen las plumas muy pegadas al cuerpo, como transpiradas, o quizás no tienen plumas en absoluto; más bien parecen cubiertos de cuero o piel. ¿Murciélagos?, te preguntas extrañado. Imposible saberlo: la velocidad, la neblina y esa forma azarosa de aparecer se confabulan para impedir una observación mejor.

Peace will come… un humo azulado. Come thru Horizon. Desast…

Aprovechas la distracción. La ruta es demasiado recta y monótona; sabes que en estos casos son comunes los accidentes: la monotonía adormece. Te entretienes buscando características nuevas de esos pájaros extraños, que parecen grandes fantasmas antediluvianos; grasosos, torpes, lentos. Así andas por kilómetros; observando, observando.

Oh Dios. All that is good ¡Cómo está! Is good, good is good. Una mancha en el cemento, no sé…

Poco después, la escena neblinosa se vuelve a animar. Ves personajes nuevos: pequeños cadáveres estampados en el cemento; unos cuerpitos peludos, indefinidos, aplastados por las ruedas de los autos. Los miras con atención. No son cuises, esos ratones de campo que horrorizan a las mujeres; estos son unos animalitos de pelaje más variado, más colorido, como el de los gatos, aunque está claro que no lo son: no tienen cola ni orejas puntiagudas. Deben ser alguna clase de roedores locales, piensas, sin preocuparte demasiado. Vizcachas. O algo así.

Luego de cuarenta minutos te resulta sorprendente que no haya ningún cartel. Otra cosa rara es la falta de curvas, ya que esa ruta bordea el mar a corta distancia y la costa es accidentada. Sin embargo el camino es recto, excesivamente recto. Y crees recordar que anoche, en el viaje de ida, no era así. Qué extraño.

The spirit sings in crashing tones… …quen ese hombre de… …the hour aproaches, pounding out the Devil's sermon. ¡No puedo!

En un pantallazo fugaz, ves a alguien en el camino: un bulto informe a un lado, haciéndote señas para que lo lleves. Lo pasas a toda velocidad, casi sin verlo. No piensas llevarlo, claro, pero si hubieses querido tampoco te hubiera sido posible parar sin pasarte de largo por lo menos doscientos metros, ya que no lo viste hasta estar prácticamente a su lado. Y a ciento veinte kilómetros por hora…

La verdad es que el pobre eligió mal el lugar para conseguir que lo lleven, piensas, aunque en esa ruta sin curvas no le quedarían opciones. No va a tener suerte hasta que se haga de día. Seguro.

Faltando unos cuarenta kilómetros para Pinamar empiezas a notar, ya conscientemente, que está ocurriendo algo raro. Los pájaros van raleando, pero los animalitos peludos aparecen cada vez más seguido, con brusquedad, cayendo bajo las ruedas del Renault con un ruido sordo y siniestro, muriendo a montones. La neblina sigue molestando la visibilidad dentro del primer metro desde el nivel del camino. Pero lo raro es que éste empieza a mostrarse muy deteriorado, con largas rajaduras cruzándolo de lado a lado y a lo largo. Grandes mordiscos han atacado parte de la banquina y el borde de la ruta. Es asombroso, pasaste por ahí la noche anterior y -estás seguro, casi seguro- no viste semejante destrucción. Piensas en un temblor; pero después lo descartas. Te hubieses enterado. Sin duda.

El drama se desata cuando llegas a la rotonda de Gesell. Esperas ver los clásicos carteles verdes con el kilometraje, pero no están. La rotonda se ve igual que siempre, cubierta de esos pastos a medio amarillear, pero las luces están apagadas y sus columnas parecen fósforos quemados: están dobladas, caídas, herrumbradas casi del todo. Al girar por la rotonda descubres los restos de un cartel: un triángulo mordido de color anaranjado-rojizo, puro óxido, que se sostiene en sus postes por milagro. Te asustas.

Tal vez ya… this endless night… nada que… soon oh soon the light…

Giras y te metes rumbo a Gesell. Puedes frenar a tiempo gracias a que la presencia de todos esos detalles increíbles te hizo bajar la velocidad. Unas paredes enormes de arena tapan el camino: médanos, pero médanos gigantescos. Te sientes perdido, aterrorizado. Volanteas y te zambulles en el camino a Pinamar. Aceleras con brusquedad, con la mente confusa por el miedo, el terror. Estás perdido. Perdido.

De Gesell a Pinamar son unos veinte kilómetros. A lo largo de éstos te cruzas cinco veces con el bulto que hace señas. No es humano. Tiene el cuerpo cubierto de pelaje como el de los pequeños suicidas pero lleva cola, una cola gruesa y peluda. Su cara queda siempre entre sombras, pero vas armando poco a poco el rompecabezas, retazo tras retazo de destellos vislumbrados, y el resultado no te gusta. Es algo horroroso. Realmente horroroso.

Cuando terminan los veinte kilómetros el acceso a Pinamar no aparece. Médanos enormes flanquean la ruta. En algunos casos las laderas de arena llegan casi hasta el pavimento. Sin embargo nunca sobrepasan la línea blanca lateral, como si alguien cuidase el camino, manteniéndolo despejado.

Bajas la velocidad, buscando la salida de esa ruta grotesca. El camino

continúa indefinidamente; recto, deteriorado, fantasmagórico. Cruzas delante de moles gigantescas de arena, algunas tan enormes que no entiendes cómo no han engullido la ruta. El rumor constante de los neumáticos transmite sensorialmente a tu cuerpo la geografía destruida de la superficie del camino: grietas, roturas, largas fisuras, como rayos furiosos de una tormenta subterránea. Los animalitos aparecen en manadas. Te parece que quieren hacerte parar, detenerte. El ruido sordo de sus cuerpos golpeando las cubiertas del auto es continuo, ominoso. Una ojeada al espejo te muestra el panorama trasero: cuerpos aplastados, destrozados, con las vísceras desparramadas, apenas iluminados por el fulgor rojizo de las luces posteriores. Otros que no han tenido tanta suerte -la muerte súbita, piadosa- se arrastran lenta, dolorosamente, tratando de seguir su camino interrumpido. Ves pájaros llevándose los pedazos, lo que explica esos vuelos lentos, rasantes: van a la caza de los moribundos; les gusta la presa viva. Escalofriante.

On a sailing ship to nowhere, por favor… If the summer changed to winter, yours is no disgrace…

En dos ocasiones la imagen de las dunas te parece extraña. Bajas la velocidad (el miedo te llevó a correr a ciento cuarenta) y esperas. De pronto se desliza otro montículo a tu lado, sobre la derecha. No es arena, seguro. Parece una montaña de ramas y bolas blancas. Después piensas y un escalofrío penetrante corre por tu columna vertebral: huesos. Eso parecen. Huesos. Huesos.

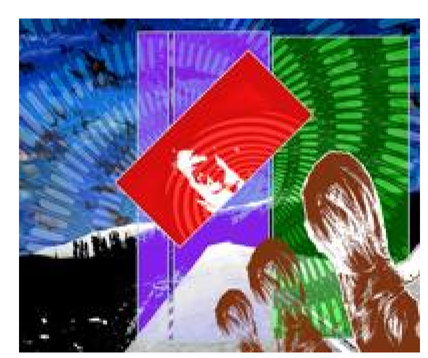


Ilustración: Pedro Bel

El autoestopista fantasmagórico sigue apareciendo con insistencia. Echas una ojeada al indicador de combustible: queda algo más de la mitad. A veces el ser peludo intenta cruzarse, ponerse en tu camino para lograr que te detengas. Lo esquivas con violencia, aterrorizado. Estás transpirando; hace frío pero estás transpirando. Es miedo. Miedo de verdad. Auténtico. Doloroso.

Las montañas blancas aparecen más y más seguido. En dos casos te

parece ver unos seres zancudos, quitinosos, con pinzas en las patas delanteras, llevándose huesos hacia el extremo de sus cabezas puntiagudas. Tienen ojos negros y fríos. Tratas de no mirarlos.

Yours is no disgrace, Yours is no disgrace. Death-defying, mutilated…

De las grietas salen formas alargadas, zigzagueantes, que cruzan el cono de luz del Renault a toda velocidad. En algunos casos te parece que las pisas; la sensación del golpe es diferente a la de los animalitos suicidas: como pisar una rama; un *toc* apenas notable. Miras para atrás por el espejo lateral y ves el reflejo de tus luces traseras y unas serpientes brillosas, azuladas, que terminan de cruzar, ondulantes, y se deslizan con rapidez en las rajaduras azarosas.

Tienes la mente congelada. No puedes pensar. Una única esperanza se aferra en los últimos restos de tu cordura: una salida, buscar una salida. La pared de médanos ahora es constante, sólo interrumpida cada tanto por los montones siniestros de tonalidad blancuzca. El cielo se volvió negro, totalmente negro. El espectáculo glorioso de la Vía Láctea se ha retirado y ahora reina la oscuridad. Las laderas se inclinan cada vez más hacia la ruta, imposibles, volviéndose verticales. Empiezas a ver a los pájaros anidando en huecos oscuros. Están comiendo. Te miran interesados, con ojos rojizos. No tienen plumas sino cuero; una piel marrón, aceitosa. Esperan.

No puedo… no puedo hacer nada. Battleships come fighting me, está muerto Oh muerto oh Dios and tell me where you are. Lost…

Los sucesos se disparan. Ves una sombra que salta y se lanza sobre los faros: el ser peludo, esa monstruosidad. Frenas y pegas un volantazo. El auto se agacha y se sacude violentamente: uno, dos impactos. Golpes sordos sobre el radiador y el techo. Ves por el retrovisor que ha quedado tirado ahí atrás. Los pájaros se acercan. A la distancia ves que un ser con forma de cucaracha y ojos fríos lo arrastra hacia su montaña de huesos. Cuando vuelves la mirada al frente te quedas sin respiración: a pocos metros hay una pared. Clavas los frenos y ves silenciosa, dolorosamente como se acerca, como se aplasta contra la trompa blanca del auto, como la atraviesas, todavía sin sentir el impacto. Son arañas. Una telaraña inmensa que cruza toda la ruta, superpoblada por unos cuerpos gordos y jugosos llenos de patas: arañas. El parabrisas queda cubierto de cuerpos reventados, que derraman un líquido amarillo que te impide ver. Pones a funcionar el limpiaparabrisas, mientras las lágrimas del terror te corren por la cara. Las arañas sobrevivientes caminan por el ángulo que queda entre el capot y el vidrio. Algunas se han aferrado a los brazos del limpiaparabrisas y danzan siguiendo el movimiento pendular. Aceleras y el viento y el chorro del

limpiador empiezan a llevárselas. Hay varias pegadas por sus propios líquidos en la parte superior del recorrido de las escobillas. Ahí quedan, moviendo sus patas débilmente. Sientes náuseas. Dejas de mirar. Preferís seguir buscando tu salida. La manera de huir.

El hombre peludo se lanza tres veces más frente a las ruedas. Te has convertido en un esquivador experto. No vuelves a tocarlo, aunque rozas un par de veces los altos acantilados de arena, que ahora son los bordes ominosos de un cañadón, como si la ruta estuviese corriendo por dentro de una profunda grieta de paredes lisas, perfectas, habitadas por pájaros carnívoros y otros seres indescriptibles.

Lost in summer, born in winter… tápenlo por Dios.

Atropellas varias telas de arañas más, ya sin frenar y con los limpiaparabrisas funcionando al máximo para evitar los momentos de ceguera, que pretende aprovechar ese cíclico ente suicida para lanzarse y detener tu marcha. Te parece que las paredes de los médanos se han cerrado por encima; así se ve entre la niebla y el reflejo de los faros. Deberías mirar hacia arriba y asegurarte, pero no te animas a abrir la ventanilla. Temes a las arañas, a los pájaros, al ser peludo, al terror de esa ruta de pesadilla.

Recorrés miles de kilómetros -o así te parece- por un túnel silencioso de arena, huesos y telas de araña. Los pájaros ya no se ven, pero empiezas a vislumbrar un movimiento constante sobre las paredes interminables: son gusanos, millones de gusanos comiéndose vorazmente el propio túnel.

Ya no reaccionas. Has superado el umbral de horror máximo, de miedo supremo. Estás perdido en el Infierno, en un infierno privado y nauseabundo. Sigues rodando infinitamente, atropellando criaturas monstruosas, rasgando de tanto en tanto las telas, viendo esas paredes que se desmoronan sobre ti, mientras tus manos se retuercen dolorosamente y el atroz reflejo de tu cara en el espejo te sonríe, con una mueca sardónica, una bienvenida triunfal.

Lost in summer, born in winter, / Travel very far; / Lost in losing circunstances, / That's just were you are.

Eduardo Julio Carletti nació el 17 de abril de 1951 en Buenos Aires, Argentina. Actualmente vive en Ituzaingó, provincia de Buenos Aires. Ejerce la profesión de Ingeniero en Electrónica Digital y Robótica desde 1972. También es un reconocido aficionado a la Entomología y un estudioso de las Ciencias Naturales. Sin embargo su mayor notoriedad (en Argentina primero, en Hispanoamérica luego) la adquirió como escritor y editor de ciencia ficción.

Desde 1983 y hasta la actualidad ha publicado una obra literaria no muy extensa, principalmente cuentos y una novela, aunque ha logrado diversos premios y es reconocido en el exterior. Tiene obras publicadas en

revistas y antologías de España, México, Venezuela, Cuba, Estados Unidos, Uruguay, Alemania, Polonia e Italia, además de Argentina.

Eduardo Carletti es el fundador de la legendaria revista electrónica de ciencia ficción, fantasía y terror Axxón, pionera no sólo dentro del género, sino también en el mundo de habla castellana: Nacida en marzo de 1989, fue la primera publicación electrónica (esto es, realizada en formato digital) en este idioma. En un principio, la revista se distribuía en diskettes de 5 ¼, pero a partir de 2001 pasó a tener un sitio propio en Internet.

Ha ganado varios premios Más Allá, otorgados por el Círculo Argentino de Ciencia-Ficción y Fantasía: por el cuento Defensa Interna (1985); por el cuento En la escala (1986); por la novela *Instante de Máximo Quebranto* (1987); por el libro de cuentos *Por media eternidad, cayendo* (1991); por su compilación de artículos *Una mirada a la realidad*, en la revista Axxón (1992); por el libro de cuentos *Un largo camino* (1992/93); por la antología *Visiones* (como antologista) (1992/93); y en 1990, 1991, 1992, 1993 y 1994 en el rubro "Revista", como director de Axxón. En 1994 recibió el premio Memoria Magnética, otorgado por el Círculo Puebla de Ciencia Ficción y Divulgación Científica, Puebla, México, por la revista Axxón.

Siete segundos

Diego Milinik

ARGENTINA

Cuando la abuela de Germán murió, sus padres le dijeron que se había ido al Cielo. El chico de tres años no entendía aún qué significaba aquello, y buscaba a su abu Alberta entre las nubes del horizonte que se perfilaba de un color anaranjado tras la cúpula de cristal que cubría la ciudad de Buenos Aires.

Germán la extrañaba. En especial, cuando recordaba los panqueques de dulce de leche que solo su abuela era capaz de preparar tan ricos (su madre por más que lo intentaba, no conseguía imitarla; ni mucho menos Amalfa, la robot de servicio).

Al cumplir los cinco, tal como estipulaba la ley, le realizaron su implante de hard-brain. Fue un pequeño pinchazo, pero a diferencia de las vacunas de nanobots que le daban cada año, esta aguja se la aplicaron en la base del cráneo y no en el brazo. Le dolió la cabeza y sintió mareos por un par de días. Hasta que por fin pudo aprender a comunicarse telepáticamente y a través de la Nube. Al principio fue con sus padres y tíos. Al cabo de unas semanas, ya era capaz de "hablar" cerebro a cerebro con casi cualquier ser humano del planeta. Claro que sus padres conectaban el control infantil para restringir el acceso de Germán solo a las mentes de sus familiares directos y maestros y compañeros de escuela, manteniéndolo a salvo de los desconocidos.

Y al mes, se produjo el "milagro": la abuela Alberta le habló otra vez. Estaban telepresentes sus padres, como dos burbujas enormes de luz, quienes le habían anunciado que tenían una gran noticia para darle. Y vaya que lo fue. El rostro de la abuela apareció en su mente, tal como la recordaba, y le dijo palabras dulces: "¿Cómo estás, mi chiquito? ¿Extrañás la comida de la abu?". Y hasta jugaron una partida de ajedrez, antes de que la nona desapareciera. Pero, cada semana, la abuela volvería y compartirían tiempo y cariño en la red.



Ilustración: Pedro Bel

Germán creció. Y aprendió que las personas cuando mueren van al Cielo o a la Nube, el paraíso digital. Y aprendió también que el proceso de migración debía realizarse por lo menos siete segundos antes de la muerte cerebral definitiva. Solo así lograba transcribirse el complejo sistema de sinapsis neuronales a un modo digital seguro y en red. Esa era la principalísima función de los hard-brains, más allá de todas sus otras aplicaciones: realizar la transferencia de la mente a la Nube un instante antes de morir.

Otra cosa que aprendió Germán es que solo se iba al Cielo si se "era bueno" y se cumplía con los Mandamientos que exigía la Ley. Los criminales tenían vedado el acceso a la vida eterna. Todo registro digital, mails, imágenes, textos, pensamientos, todo vestigio de su presencia en las redes y, por supuesto, toda su memoria y estructura sináptica eran aniquilados y su hard-brain desactivado con la muerte de su cerebro biológico. Los peores delincuentes eran literalmente borrados.

Cuando su madre murió, o mejor dicho dejó de existir en forma biológica, no tardó en comunicarse desde la Nube. Él era apenas un adolescente, y estaba muy abatido. Pero se reconfortó cuando ella le contó lo bello que era ese "otro mundo": el poder estar en cualquier parte del planeta de manera instantánea, el ser capaz de acceder a toda la información, al arte y al conocimiento sin límites físicos. "Me siento liviana", fue su descripción. "Y feliz: aquí vivo en comunión con todos los que pasaron a este plano digital". Fue muy extraña la sensación de estar hablando con su madre difunta: ¿Era en realidad ella? ¿O una mera copia o simulación digital? Según los postulados de la transmigración, se trataba efectivamente de la mente de su madre, de la conciencia original transferida a un nuevo soporte no biológico. Para ella habría sido una continuación sin interrupción de los mismos procesos mentales que se desataban de modo químico en sus neuronas a un modo electro-cuántico en los servidores. Y así se lo relató: "No sentí nada del otro mundo. Mientras me dio el ataque

cardíaco, seguí pensando en las compras que tenía que hacer ese día. Y cuando me di cuenta de que mi cuerpo ya no funcionaba, fue como sacarme un gran peso de encima". Sí, era realmente ella. O, mejor dicho, seguía siendo ella. Dejó de hacerse esos cuestionamientos metafísicos y se acostumbró a tener a su madre en el Cielo y a hablar con ella cotidianamente casi del mismo modo en que lo hacía "en la Tierra". De hecho, las comunicaciones más habituales entre seres humanos eran telepáticas a través de los hard-brains conectados a la red, por lo que no había mucha diferencia entre comunicarse con un vivo o con un "muerto" (o sería más preciso decir: entre un vivo biológico y un vivo digital).

Sin embargo, cada tanto sentía la necesidad de darle un abrazo fuerte, lo que era imposible. Como un modo de mitigar esa ausencia "física", su padre pudo conseguirle un empleo junto a él en la empresa en la que trabajaba, prometiéndole que además así mejoraría sus conocimientos en informática, que ya eran notables. El trabajo, que consistía en el control de robots de producción, resultó ser bastante arduo, incluso más pesado que el que las mismas máquinas realizaban.

Con el paso del tiempo, Germán logró naturalizar la presencia viva y real en la Nube de su madre, y la de otros familiares y amigos que "se habían ido", y era común el hablarles con cierta regularidad y afecto. Claro que ellos no sufrían las vicisitudes de las existencias biológicas y sus necesidades, por lo que siempre eran sabios consejeros que todo lo veían a la velocidad de la luz y servían de buen consuelo cuando la vida se tornaba difícil. Como cuando terminaba sus largas jornadas laborales junto a su padre y, extenuados, a veces se sentían menos humanos que los robots que supervisaban. "Ya descansarán y estarán tranquilos y sin preocupaciones cuando les toque venir aquí con nosotros", era la frase más habitual que los habitantes del Cielo digital les transmitían para reconfortarlos.

Hasta que ocurrió el fatal accidente. Un pequeño resbalón y su padre fue literalmente engullido por aquellas máquinas que no podían detenerse, que debían seguir produciendo de un modo inexorable. Sin embargo, luego de que su padre muriera de ese modo tan inesperado como horrible, sucedió algo aun más extraño. No hubo comunicación de él desde el Cielo ni al primer día, ni al segundo día, ni al tercer día. Seguían pasando las horas y nada. Comenzó a preocuparse mucho. Algo malo debía estar sucediendo, alguna falla o error. ¿Se trataría tan solo de un problema de comunicación? ¿O habría fallado el proceso de transmigración y su padre estaría muerto, definitivamente muerto, como su cuerpo ya en descomposición? Esto último lo aterró. Sufrió escalofríos de solo considerar la posibilidad. Tenía que averiguar lo que ocurría.

Realizó decenas de consultas a la empresa *Eternus* (“responsables de la vida más allá de la frontera”), sin que le prestaran demasiada atención. Pensó en demandarlos judicialmente, pero no tenía suficiente dinero para pagar un abogado. Hasta que por fin la corporación le contestó. Le concedieron una entrevista con el Doctor Xamos, quien era el supervisor de su área de neuro-red.

—Perdóneme, joven, pero aquí no ha habido ningún fallo en el proceso –le repitió el científico—. Transmigración con cien por ciento de efectividad realizada.

—¡Pero eso no es posible! —insistió él—. ¡No puedo comunicarme con mi padre!

—Lo siento, muchacho. Puede constatar todo lo que le he informado en el hard-brain que se le extrajo al cuerpo, que se encuentra en el Registro Mundial de Memorias.

El científico dio por terminada la entrevista y se retiró, dejando a Germán todavía sin respuestas, y molesto. Muy molesto. Esos desgraciados cobraban fortunas por su servicio y ahora no le ofrecían ninguna solución.

Pensó entonces en preguntarle a su madre. Si ella estaba en la Nube, de seguro tendría que haberlo visto a él allí. ¡Claro! ¡Cómo no se le había ocurrido antes! Pero su mamá le contestó que no lo había encontrado, que no estaba en el Cielo; ni rastros de él, le dijo apenada (aunque dudaba de si realmente podía sentirse pena en el paraíso de modo de vida digital).

Esto lo impacientó aun más, casi al borde de la desesperación. ¿Dónde estaría entonces su padre? Tenía que averiguarlo, a como diera lugar. Se dirigió entonces nuevamente a la empresa *Eternus*, pero esta vez no concertó citas. Hackeó el sitio e ingresó a sus archivos. Revisó los registros hasta que pudo encontrar el nombre de su padre, pero lo que halló lo desconcertó. Por más que examinó todo palmo a palmo, no encontró más información que una inscripción junto al nombre: “Código 701”.

Buceó en las redes intentando averiguar qué significaba. Pasó días navegando en la Nube. Hasta que logró encontrar algo en la Secretaría de Justicia Mundial. El apartado escondido en un rincón del espacio virtual decía: “Código 701: Violación de Mandamiento 666-A de la Ley 123.444/99”. Pero no daba ningún detalle sobre qué significaba aquello.

Debió internarse en las partes menos conocidas de la red, en las profundidades que excedían lo legal. Y así lo averiguó: “Contrabando de cerebros congelados”. ¿Su padre, un delincuente? Eso era ridículo. Pero haciendo memoria, recordó que años atrás, cuando él era aún un niño, su padre había sido procesado por una causa penal de la que nunca le habían

dado detalles. Sin embargo, recordaba con claridad que su padre había sido absuelto. Es más, el Estado hasta lo había indemnizado por las molestias causadas. No podía ser esa la razón. Su padre había sido declarado inocente; nadie podría haberlo borrado ni haberle quitado el derecho de ir al Cielo.

Y aun así, seguía sin aparecer. Sin dar señales de vida en la Nube, ni en ningún otro sitio, por supuesto. Germán estaba desconsolado. Recordó entonces lo que le había dicho el empleado de *Eternus*, e inició el largo y complejo proceso frente al Registro Mundial de Memorias para solicitar acceso al hard-brain que fuera de su padre y ver si allí encontraba alguna respuesta. Pero, para su sorpresa y enojo, su requisitoria fue rechazada. Ya estaba harto de la situación, y no aceptaría más negativas. Si no le daban lo que pedía por las buenas, lo obtendría como fuera.



Ilustración: Pedro Bel

Se decidió entonces a robar ese bendito hard-brain. Lo planeó con cuidado. Le llevó semanas de estudio. Tuvo que hackear el sistema central del Registro y engañar a su compIeja Inteligencia Artificial. Así hizo pasar al viejo hard-brain de su padre como si fuera uno nuevo a ser instalado en un niño de cinco años. Y logró que le enviaran el dispositivo a su propio domicilio, simulando que se trataba de una clínica de neuro-implantes. Y nadie lo descubrió. Salió limpio del asunto.

Lo que parecía no estar del todo limpio era la memoria de su padre. Pudo acceder a toda su vida, en imágenes, actos, pensamientos; todo. Y descubrió que sí había estado inmiscuido en algunos asuntos ilegales, aunque siempre había logrado eludir a la Justicia, nunca se había podido probar nada en su contra.

Lo último que el hard-brain había grabado era su muerte. Esa espantosa muerte. Y la transmigración a la red, la cual, según constaba, había sido exitosa. ¿Qué había sucedido entonces? Volvía al punto de partida.

El regreso al trabajo fue triste, gris y cargado de un resentimiento abismal hacia la burocracia, hacia el Sistema, que lo había dejado sin respuestas ni esperanzas, sin su padre. Los meses y los años siguientes pasaron llenos de rencor y amargura, y le fue fácil caer en las drogas; y en ciertos actos de revancha, como violaciones a códigos de privacidad en la red y estafas menores a grandes corporaciones; a esas desgraciadas que lo manejaban todo. Y descubrió como hacerlo sin ser jamás descubierto. Esa era su venganza. No lo controlarían a él. No al menos en esos pequeños resquicios de libertad.

Cuando sufrió la sobredosis, Germán lo sintió como una merecida liberación; había escrito en su testamento que renunciaba a cualquier tratamiento médico de reanimación: quería ir directo al Cielo. Esperó durante esos siete segundos con ansias, mientras se realizaba la transmigración. Sintió como poco a poco sus pensamientos, sensaciones, vivencias, abandonaban ese atormentado cerebro y fluían con una liviandad pacificadora. Vio que era absorbido por una luz blanca, brillante, colmada de datos que revoloteaban como un enjambre de luciérnagas. Ahora se sentía volar a la velocidad de la luz por miles de mundos de color, magia y espacio ilimitado. ¡Todo aquello de la vida en la Nube después de la muerte era verdad! Seguía de algún modo vivo, consciente, pero en otro estado diferente y, según parecía, muy superior al biológico.

Pero al cabo de un tiempo difícil de definir (quizás días, quizás un instante), la inmensidad de luces y color se volvió oscuridad. Se vio encerrado en un habitáculo rectangular en penumbras. Apareció frente a él una figura con cuerpo humano y cabeza de chacal, que sostenía en su mano izquierda una balanza. Colocó de un lado de la balanza una pluma y del otro un cerebro. Enseguida adivinó que se trataba del suyo. De la boca de ese ser comenzó a narrarse su vida, la que había sido grabada íntegra en su hard-brain. Pronto comenzaron a llover las acusaciones. “Hackeo a empresas de bien público”. “Violación de la propiedad privada”. “Estafa y robo” y un sinnúmero más; pero la que se destacaba sobre todas era “Suicidio, incumpliendo la obligación de trabajar hasta la vejez”. Y no solo contaban aquellos delitos de los que creía haber salido impune. Cada pensamiento, cada intención y deseo indebido que había experimentado durante su vida estaba allí, grabado para siempre y escrutado ahora hasta su más mínimo detalle por una Justicia más allá de la terrenal. En ese momento pudo por fin comprender que nada escapaba al control férreo del Sistema. Ni en la vida, ni más allá de ella. Luego de escuchar su sentencia, lo último que pudo ver antes de que todo desapareciera fue: “DELETED”.

Este cuento “Siete segundos” ha sido publicado en la antología

“Paisajes perturbadores” realizada por Pórtico, encuentros de ciencia ficción.

Diego Milinik nació en la ciudad de Buenos Aires. Es ingeniero industrial y estudió física, letras y filosofía.

Se encuentra actualmente trabajando en una serie de cuentos de temática post-capitalista.

Letras blancas

Manuel Ángel Jordán Núñez

 **VENEZUELA**

A la gente del taller URBE

Comencé a escribir sueños por consejo de un amigo poeta. Según él, redactar una antología de sueños era la mejor medicina contra el insomnio.

Compré un cuaderno de tapas blandas y un bolígrafo marca kilométrico para la tarea. El primer sueño, que escribí, podría resumirse así: yo, jugando durante horas en un patio de vecinos con unos juguetes coloridos, flotando algunos de ellos sobre mi cabeza. Esa misma noche dormí al menos dos horas y no soñé.

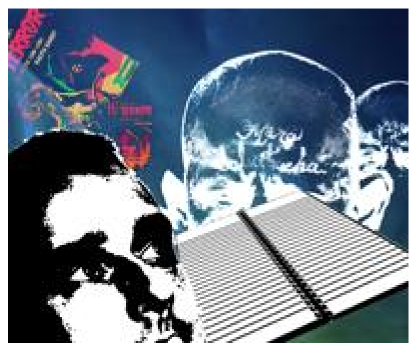


Ilustración: Pedro Bel

Al día siguiente anoté mi segundo sueño. Escribí sobre un regalo de infancia; una caja de galletas llena de historietas y novelas de Ralph Barby. Era un recuerdo de infancia, pero no importaba; tenía ese aire onírico que justificaba su inclusión en mi antología personal de sueños. Los días siguientes dormí tranquilamente.

A una semana del comienzo de mi experimento, tuve mi primer sueño verdadero. Comenzaba en una calle vecina a unos edificios de apartamentos. Dos edificios, uno al lado de otro, comunicados por un pasillo techado. Las paredes de los edificios tenían un color anaranjado y estaban cubiertas por obscenidades dibujadas con mano infantil: penes desproporcionados o demasiado pequeños o tetas igualmente inmensas o

pequeñas.

Caminaba por la frontera de los edificios cuando me abordaron un grupo de delincuentes. El líder tenía una frase escrita en la cabeza afeitada (en el sueño no entendía el idioma). Me quitó el bolso y lo vació sobre la acera y estaba lleno de libros, teléfonos y un fajo de billetes devaluados.

Se rieron todos menos el líder. Tomaron los teléfonos. Cabeza tatuada llamó a uno del grupo y le ordenó grabarme con uno de ellos. El muchacho flaco y pequeño, de unos trece años, grababa mientras el líder repartía su tropa a mi alrededor y escogía a dos actores del grupo. Ellos me sostuvieron por ambos brazos mientras miraba al líder levantar su pistola lentamente y apuntar a mi cabeza.

El líder apretó el gatillo con lentitud y se escuchó el sonido del percutor. Volvió a apretar el gatillo y no hubo detonación. En tono de burla, le dije:

—Son las balas, no sirven, las fabricaron en Venezuela.

Y desperté.

El sueño se repitió durante semanas con la puntualidad del hambre. En algún momento, para mi asombro, pude variar las rutinas y comencé a evitar el encuentro con el grupo. Tomaba una calle lateral y desembocaba en el estacionamiento de los edificios.

En un intento de hackear aún más mi sueño, comencé a imaginarme los edificios minutos antes de dormirme y al soñar me encontraba en el mismo sitio donde había terminado el sueño anterior. Con la confianza ganada, me decidí a explorar el edificio más cercano a la entrada del estacionamiento.

La mayoría de los apartamentos no tenían puertas y olían a orina y a mierda. Sus paredes internas estaban cubiertas igualmente de dibujos obscenos e insultos perpetrados por manos infantiles. Algunos de esos mensajes me recordaban las paredes del baño de mi escuela primaria. Por una de las ventanas veía al grupo de delincuentes parados en la esquina.

Cuando intentaba explorar el segundo edificio, los sueños cesaron. Pasaron dos o tal vez tres semanas antes de volver a soñar. Los edificios habían cambiado durante mi ausencia y estaban cubiertos por manchas azules. Estas aparecían al desprenderse la pintura anaranjada. Faltaban los mensajes obscenos de las paredes.

Tomé la calle lateral para evitar al grupo de la esquina y entré al patio común por la puerta abierta del estacionamiento. En el pasillo central se escuchaba el ruido de mis zapatos sobre el cemento pulido.

Me salí del pasillo y me paré un rato bajo el sol del patio central. Sentí un papel doblado en uno de los bolsillos del pantalón y lo saqué con mi mano izquierda. En medio del negro absoluto de la hoja aparecía escrito, con mi letra grande y en letras blancas, “esto no es un sueño”.

Escuché con claridad el ruido de multitud de pasos y comencé a correr hacia la salida del estacionamiento. Escuché un disparo mientras caía boca abajo después de tropezar, en medio de mi carrera, con una piedra.



Ilustración: Pedro Bel

Los gritos y los pasos acelerados resonaron detrás de mí. El más joven del grupo, de unos trece años, me gritaba:

—Viene Maikel a rematarte. Parate, hijoeputa, seguí corriendo —y se reía agarrándose de la pared para no caerse.

Desde el suelo, miraba sus ojos demasiado negros y su boca abierta. Cuando Maikel llegó, con su cabeza rapada y tatuada, sostenía la pistola en la mano derecha y sonreía. Yo no me atrevía a levantarme del suelo y aclarar la duda sobre la naturaleza del mensaje en su cabeza.

Maikel iba a gritar algo cuando me reconoció; sus ojos de drogadicto veterano se abrieron y amenazaron con salirse de su cara blanda como una máscara. Entonces tiró su pistola al suelo y le quitó la suya al de trece años. Su mano temblaba cuando levantó la pistola y me apuntó a la cabeza y apretó el gatillo.

Manuel Ángel Jordán Núñez es ingeniero en computación. Ha publicado algunos cuentos en la revista colombiana *Cosmocápsula* en los números 12, 7 y 3. Un cuento en el fanzine español *Planetas prohibidos*, número 8. Ganó el III concurso Solsticio de literatura fantástica y ciencia ficción en la categoría de ciencia ficción así como una mención y dos segundos lugares en concursos de microcuentos del diario *Nuevo día* de la ciudad de Punto Fijo, Estado Falcón, Venezuela. Ganador de la beca de estimulo a la creacion literaria 2018 mencion narrativa del Instituto Autónomo Centro Nacional del Libro (CENAL).

Duelo en Bunda

Milenko Karzulovic

CHILE

¡Hashlaframhash! ¡Hashlaframhash! Gritaban en el coliseo de Bunda, la luna más hermosa y habitada de todo el sistema Inferno, el de los trece planetas inertes cuyos satélites, de manera paradójica, eran de los más prolíficos en vida de toda la galaxia. El estadio se hallaba a toda su capacidad, con más de un millón de diversas formas vivientes y artificiales, provenientes del resto de lunas del sistema y de planetas de otros sectores cercanos. Todos y cada uno de esos seres se mostraban expectantes, incluso los cíborgs corsarios de *La Colmena*, esperando ver aparecer al gran Hashlaframhash por los brillantes y gigantescos portones telurianos de rodio y marfil, cuyos mecanismos de apertura eran un espectáculo de por sí. Los que se hallaban en las primeras doscientas filas de las graderías habían pagado verdaderas fortunas por tales ubicaciones, para poder apreciar con sus propios ojos el espectáculo. Los situados en otras posiciones deberían usar lentes dimensionales o dirigir la vista hacia alguno de los cien mil telones volantes que cubrirían la presentación de ese día, aunque también tendrían que soportar la publicidad inserta en las esquinas y en la parte baja de las pantallas.



Ilustración: FRAGA

Los gritos continuaban, algunos como verdaderos aullidos —en especial los provenientes de los licantropoides de Esdruyanhia y los desgarradores estralianos, los que sólo eran aceptados en tales acontecimientos en cadenas y bajo vigilancia de mercenarios profesionales—, y ya la multitud empezaba a golpear el piso de las graderías, produciendo un trueno oscuro, cuando un agudo chirrido ocasionó el cese inmediato de los bramidos y los golpes. Cada uno de los

asistentes dirigió entonces la mirada al centro de la arena, en donde un orificio empezaba a ampliarse y, desde su centro, ascendían las puertas telurianas de rodio y marfil, desenmarañando todo su espectacular mecanismo. Tras una serie de desengranes y sorprendentes movimientos de miles de dispositivos metálicos y orgánicos, se expandió la famosa cortina de neblina roja de los portones y, en medio de ésta, la figura de Hashlaframhash, el campeón. Caminando con tranquilidad y una sonrisa que, como todo guerrero tremantano, hacía destacar en cada arista de su boca un blanco y filoso colmillo; alzando sus dos brazos superiores para saludar y manteniendo los dos inferiores sobre las fundas de sus armas láser; y en su pecho, sobre la delgada coraza de piel de estralianos, las dos vainas que guardaban sus famosas pistolas de antimateria. A cada paso que daba, el público enloquecía y él parecía disfrutarlo, dirigiendo su mirada y saludos hacia todos lados, lo que a su vez era reproducido por los miles de telones, desde diferentes ángulos; y con distintos productos publicitados, en cada uno. Los asistentes no se cansaban de ovacionarle y él de recibir las aclamaciones, manteniéndose por cerca de diez minutos tal ambiente, hasta que se escuchó la brillante voz de Posanter-Bru, el presentador más famoso de ese y otros cuatro sistemas, anunciando el historial del campeón.

—¡Hashlaframhash, vencedor en seiscientos encuentros en las arenas de Bunda, Tremanta, Ursi, Letanta, Utirezag y otros setenta satélites y planetas!

En tanto se expandían las palabras del animador, el combatiente enfundaba las pistolas que cargaba en sus brazos inferiores, luego de hacerlas girar con gran destreza, para deleite de los presentes.

—¡Triunfador invicto, durante diez años, de los combates por eliminación grupal, en el sistema Polifemo!

Hashlaframhash no prestaba atención a la descripción, se hallaba concentrado revisando las otras dos armas que cargaba en su pecho, con ambas manos superiores.

—¡Conquistador de las serpientes acorazadas del mar de amoníaco eterno, en la sexta luna de Tremanta!

Una vez verificadas las dos pistolas de partículas, el guerrero las guardó en sus fundas, también previo juego de manos y malabarismos con ellas.

—¡Es… Hashlaframhash, el invicto!

Con las últimas palabras del animador se produjo un rugido colosal, con un millón de voces de todo tipo entremezcladas; humanoides, ciborgs, insectoides, etéreos, metamórficos, cefalopoides, minerotales, equinoides e

incluso octógrados. Todos viendo como su héroe se detenía en medio de la arena, mientras tras él, los mecanismos de los portones telurianos se activaban nuevamente, regresando la fabulosa estructura a su sitio original, bajo el piso. Entonces Posanter-Bru continuó la presentación, con gran ímpetu.

—¡Antes de iniciar la introducción del contrincante del gran Hashlaframhash…

Con la sola mención del nombre un estruendo de aullidos y aplausos estalló en el coliseo, interrumpiendo al presentador por un breve lapso.

—… les recuerdo que, en todas nuestras pantallas, aparecen las probabilidades de las apuestas, las que irán variando según el desarrollo de la lucha. Aunque en el caso de nuestro querido Hash…

Otro ingente griterío hizo temblar el recinto y, sólo luego de algunos segundos, Posanter-Bru pudo continuar.

—… no creo que los momios varíen —terminó de decir, de manera irónica, consiguiendo que gran parte del público riese.

—Como pueden ver —continuó el locutor—, las apuestas se muestran en nuestros telones.

En ese instante, las cien mil pantallas mostraron la tabla de apuestas, con las cifras girando y danzando, hasta quedar establecida la última actualización: cien a uno a favor del campeón. Tras un ensordecedor vitoreo, Posanter-Bru retomó la presentación, con el anuncio del contrincante.

—¡Y como su oponente…!

Se produjo un breve silencio, y no sólo de quien relataba, también el griterío se detuvo; todos querían saber el nombre de quien moriría frente al gran Hashlaframhash. ¿Sería el octopoide gigante de Letanta? Era enorme y despiadado y daría una buena pelea antes de ser destruido; ¿o el tardígrado dragón, con sus pezuñas y colmillos envenenados? También sería un oponente digno de tal evento y con los restos se podrían elaborar miles de souvenirs; o el buitre bicéfalo de acero, del tercer mundo cuántico; o las arpías gemelas de Ursi. Las opciones eran muchas y todos esperaban ansiosos la revelación, por lo que la mudez ya se había apoderado del coliseo, cuando, de manera repentina, otro orificio se abrió en el piso de la arena, en el costado sur, a doscientos metros de Hashlaframhash, surgiendo otra ingente puerta teluriana. El público estalló en gritos de éxtasis, admirando una vez más el magnífico mecanismo en acción, expectantes en cuanto a qué o quién saldría de la estructura. Tras el último desengrane de

la estructura orgánico-mecánica, se expandió la niebla roja y, desde ésta, comenzó a surgir una silueta. A medida que se revelaba, los gritos disminuían, hasta quedar en un murmullo generalizado. La figura era evidentemente humanoide, aunque de baja estatura y algo encorvado, con una delgadez rayana en el raquitismo y un rostro anguloso y escaso de carne, al punto de parecer sólo piel sobre hueso; un par de lentes de grueso cristal agrandaban sus ojos oscuros y el cabello negro y engominado lucía aplastado sobre su cabeza y parte de su frente. Los espectadores se miraban entre sí, algunos con una sonrisa incrédula, otros negando con la cabeza y no pocos con gesto de desagrado; habían pagado una fortuna para disfrutar de un enfrentamiento espectacular, una matanza única y sangrienta. Lo que difícilmente se conseguiría con tal adversario.

Tosiendo en medio de la neblina roja, el contrincante empezó a avanzar, en tanto los excepcionales mecanismos tras él se hundían, hasta desaparecer por completo. Mientras caminaba hacia Hashlaframhash, el presentador retomó la introducción, aunque con menos energía que la vez anterior.

—Y como su oponente… el doctor… Karren Jebalaghannas III.

Los asistentes enmudecieron por completo, en tanto los números de la tabla de apuestas bailaban, hasta detenerse con un nuevo ajuste: mil a uno a favor del campeón.

—Experto en exoparapsicología y psiquiatría galáctica, con…

Por un instante, Posanter-Bru detuvo la alocución, de seguro para releer el currículum que, sencillamente, no encajaba en aquel lugar.

—Con siete estudios sobre las exo-emociones y su control externo, publicados en las más prestigiosas revistas científicas de…

En tanto el presentador proseguía con el extenso e inusual historial académico, el aludido continuaba avanzando hacia Hashlaframhash, con pasos lentos y atolondrados, mirando hacia todos lados, demostrando su total inexperiencia en el coliseo de Bunda. Al mismo tiempo, el campeón levantaba su brazo superior izquierdo y el inferior derecho, apuntando con ambos al antagonista que se le acercaba torpemente; entonces el guerrero comenzó a reír. Primero de manera entrecortada y suave, luego con más fuerza, hasta llegar a las carcajadas y a apretarse ambos estómagos con los otros dos brazos. El público del estadio ya fuese por efecto de la contagiosa risa, o por seguir a su ídolo, también estalló en una carcajada, la que se mantuvo hasta que Hashlaframhash paró de reír, quedando sí con una gran sonrisa.

—Así es que, ¿tú eres mi contrincante? —pregunto con voz calma el

guerrero tremantano al escuálido humanoide, escuchándose perfectamente su voz en toda la arena, mientras las pantallas volvían a publicar la actualización de las apuestas: cinco mil a uno a favor de Hashlaframhash.

—Sí; eso creo —contestó Karren Jebalaghannas III, sujetándose los lentes.

—Y dime, doctor en…

Ante la demora, fue el humano quien terminó la frase.

—Exoparapsicología y psiquiatría galáctica.

—Dime, doctor en exoparapsicología y… lo otro.

—Psiquiatría galáctica —aclaró una vez más el esmirriado contrincante—. Una rama derivada de la exoneurocirugía y…

—¡Lo que sea! —le interrumpió el campeón, con un aspaviento de uno de sus brazos inferiores—. Sólo quiero saber cuáles son tus destrezas; ¿la velocidad de un insectoide felino bundiano?, ¿capacidad de volar y exhalar fuego, como los dragones voladores estirriños?, ¿dominio de la teletransportación?

—No, no… nada de eso —aseguraba Karren Jebalaghannas III, ante cada propuesta, negando con la cabeza y acomodando sus gruesos anteojos.

—¿Aumento del tamaño a voluntad?, ¿regeneración y curación instantáneas?, ¿visión láser?

—No, claro que no —volvió a aseverar el doctor, con una sonrisa.

—Entonces… —dijo Hashlaframhash, con el ceño fruncido y levantando las manos superiores— … ¿Qué habilidad posees, como para estar aquí, enfrentándome?

—Bueno, gracias a mis estudios e investigaciones en…

Al tiempo que el doctor se explayaba, las cifras de la tabla de apuestas volvían a girar: ¡Diez mil a uno a favor del héroe de Bunda!

—¡Ah! —exclamó con desagrado el guerrero tremantano, al mismo tiempo que el público presente—. Por favor, ya escuchamos tu currículum, ¿podrías sólo ir al punto e indicar la habilidad, poder o armamento que te hace digno de estar hoy aquí?

—Claro, disculpa; y ustedes también, discúlpenme —añadió el doctor, mirando hacia las graderías—. Seré conciso: he podido desarrollar dos habilidades, poco comunes y muy interesantes; la primera es la telequinesis orgánica selectiva, a través de la cual puedo dominar con mi mente, y de manera holística, cualquier miembro o extremidad de una estructura orgánica.

—Vaya —dijo el campeón, con una irónica sonrisa en el rostro—. ¿Y cómo haces eso?

—Déjame concentrarme un poco y te mostraré —contestó su contrincante, afirmando sus lentes, frunciendo el ceño y cambiando su rostro a una expresión de gran seriedad, no obstante, algo graciosa y ridícula. Hashlaframhash lo miró y empezó a reír, lo que fue emulado por la multitud; en un principio. El adalid del coliseo de Bunda comenzaba a apretarse sus estómagos con sus extremidades inferiores, cuando notó que la risa de sus seguidores se apagaba. Entonces, quizás por instinto o por su aguda vista periférica, desvió la mirada hacia la derecha, descubriendo que su propia diestra superior le apuntaba a la cabeza con una de sus pistolas de partículas. Con lentitud giró la cabeza, hasta encontrarse con la boca del cañón en su frente, justo en el segundo en que el arma se disparaba. Su séptimo sentido tremantano, el de la supervivencia supranormal, hizo que moviera la cabeza, justo a tiempo, consiguiendo que el disparo tan sólo le arrancara parte de su oreja. De inmediato, y antes de que hubiese un segundo tiro, Hashlaframhash sujetó con el otro brazo superior y uno de los inferiores la extremidad rebelde y empezó a forcejear con ésta, mientras el público observaba entre murmullos, intercambiando miradas, comentando lo extraño de la escena. En ese momento la tabla de apuestas volvió a danzar: cuatro mil a uno a favor de Hashlaframhash, mientras que, y en forma repentina, del arma insurrecta se escapaban algunas ráfagas hacia las graderías, quedando heridos varios espectadores; un cefalopoide, con dos tentáculos cercenados; un insectoide, con uno de sus ojos compuestos atravesado; un octógrado, descabezado; y un ciborg corsario, con un hoyo del tamaño de un diamante nupcial de Letanta en su tórax. El resto de los asistentes mantuvo un silencio casi total por varios segundos, hasta que, de manera espontánea y casi unísona, explotaron en un aullido.

—¡Hashlaframhash! ¡Hashlaframhash!

Mientras los gritos inundaban la arena, el campeón hacía caer la pistola del brazo insubordinado y, entre jadeos y un hilo de sangre corriendo por su mejilla, dirigía la vista hacia su contrincante, el que inclinaba la cabeza y pasaba un pañuelo blanco por su frente, en una notoria muestra de cansancio.

—Veo que tu poder te agota, doctor…

Ante la notoria dificultad de Hashlaframhash para recordar el nombre de su contendiente, fue éste quien se lo recordó.

—Jebalaghannas; Karren Jebalaghannas III, doctor en exoparapsicología y…

—Y psiquiatría galáctica —dijo Hashlaframhash, alzando el único brazo libre y con evidente fastidio—, ya lo sabemos.

Un murmullo generalizado de aprobación recorrió el estadio.

—El punto es que pude advertir que tu poder te debilita rápidamente. Y es unidireccional —añadió el campeón, con una sonrisa y un destello en los colmillos que iluminaron su rostro—. No puedes controlar más de una extremidad a la vez, ¿verdad?

—Por supuesto que no puedo —le contestó el pequeño humanoide, al tiempo que limpiaba una vez más sus lentes con el pañuelo—. Y también tienes razón con respecto al cansancio que me produce; es un desgaste agotador, al punto que ahora, con suerte, sólo podría controlar uno de tus dedos.

Ágilmente, el extraño científico se puso los anteojos y lanzó una nueva y seria mirada al campeón, el que empezó a gatillar de manera descontrolada una de sus pistolas de partículas; una vez más, la que apuntaba a las graderías. Tras cuatro disparos descontrolados, y el mismo número de espectadores muertos, Hashlaframhash desvió el arma hacia el suelo, donde ésta continuó descargándose, mientras el resto de los asistentes aullaban ante el espectáculo; y la tabla de apuestas volvía a actualizarse: mil a uno a favor de Hashlaframhash.

—¿Lo ves? Ya no puedes controlar mi brazo, sólo mi índice —afirmó el campeón, mostrando los colmillos y una faz marcada por la transpiración y el hilo de sangre que todavía caía por la mejilla, desde lo poco y nada que quedaba de su oreja derecha—. ¿Tienes algo más? Antes de que te acribille.

—Sí, por supuesto —contestó el doctor, en tanto limpiaba la copiosa humedad de su frente—. Además de la telequinesis orgánica selectiva, yo también…

—La verdad es que no me interesa; mejor te mataré ahora —le interrumpió Hashlaframhash, levantando uno de sus brazos y dirigiendo la pistola láser hacia su contendiente, el que con presteza acomodó sus lentes y lanzó otra de sus extrañas miradas, consiguiendo que el paladín de Bunda no pudiese accionar el gatillo del arma. Luego de varios intentos fallidos, el campeón apuntó con otro de sus brazos, con igual resultado y, tras unos segundos, agregó un tercero, pero siempre infructuosamente; sus dedos no lograban gatillar ninguna de las pistolas; las cifras de las apuestas danzaron una vez más: uno a uno.

—Muy bien, mantienes algo de tu poder de control, por lo menos sobre mis dedos, pero no los necesito —indicó Hashlaframhash, mientras enfundaba todas sus pistolas—. Iré hasta allá y te arrancaré la tráquea a

dentelladas.

El público estalló en un único y ensordecedor grito, al escuchar la amenaza de su adalid y verlo avanzar hacia el singular antagonista, el que afirmaba sus lentes y repasaba con su pañuelo el sudor de su rostro. A medida que el pistolero de cuatro brazos se acercaba a su objetivo, el auditorio repetía su nombre, primero como un murmullo de miles de voces.

—Hashlaframhash, Hashlaframhash.

Luego, y ya a algunos metros de su contrincante, el susurro de miles se había transformado en el rugido de un millón de distintos seres.

—¡Hashlaframhash! ¡Hashlaframhash!

Parecía que el coliseo se derrumbaría ante el bramido, cuando Hashlaframhash se detuvo a un paso de Karren Jebalaghannas III, quien le miraba hacia arriba, mientras sacaba otro pañuelo. Todos los espectadores callaron en ese momento, produciéndose un profundo silencio, al grado de poder escucharse el jadeo del ídolo y el sonido de los vidrios de los anteojos de su contrincante, al ser frotados por la toquilla. Tras la limpieza, el científico empezó a hablar.

—Bueno, ahora que estás tan cerca será más fácil explicarte mi segunda habilidad.

Al tiempo que el pequeño humanoide hablaba, el pistolero le miraba sin decir nada, pero extendiendo poco a poco su sonrisa tremantana; feroz, con los colmillos extendidos y rozando los gruesos y rojos labios.

—Tengo la capacidad de transferir una emoción propia a otro organismo, cambiándola por otra que éste posea. Si ambas emociones…

Mientras Karren Jebalaghannas III revelaba su segunda destreza, el paladín de Bunda le tomaba con sus brazos inferiores y lo levantaba, hasta hallarse ambas vistas al mismo nivel.

—… son iguales, entonces no puede haber transferencia, sin embargo…

Hashlaframhash oía en cabal mudez, aunque no dejaba de sonreír.

—… si ambas emociones son distintas, entonces se produce una interesante y poderosa transferencia. Por ejemplo, todo el odio que de seguro sientes por mí en este momento…

—Yo no siento odio hacia ti —le interrumpió el guerrero de las cuatro extremidades—. Soy un gladiador y tú has sido un buen contrincante; y te respeto por ello. Además, has sabido crear y mantener el espectáculo; mira a tu alrededor.

El doctor giró la cabeza a uno y otro lado, percatándose de la total atención que prestaban los asistentes.

—Entiendo —dijo, en tanto volvía acomodar sus anteojos—. ¿Estás completamente seguro de que no tienes animadversión alguna hacia mi persona?

—Absolutamente —le contestó el guerrero, mientras con delicadeza le limpiaba el polvo de los hombros, con su mano izquierda superior.

—Bueno, en ese caso…

Haciendo una pausa, el pequeño científico metió su mano al interior de su chaqueta y extrajo una fotografía que puso frente a los ojos de su antagonista.

—¿Y qué se supone que…?

De manera abrupta Hashlaframhash cortó la frase y, cambiando la sonrisa a una gélida seriedad, tomó la imagen y la acercó hacia sí. Mientras la observaba su rostro enrojecía y un fino hilo de sangre empezaba a deslizarse desde sus labios, producto de la presión de sus propios colmillos. En ese instante, una de las cámaras dron del coliseo se colocó tras el guerrero y la fotografía comenzó a salir en las miles de pantallas que abarrotaban el lugar. Casi de inmediato una gigantesca exclamación de asombro se hizo oír en todo el recinto, seguida de muchos silbidos; de admiración. En la foto aparecía una hermosa tremantana, vestida con un ajustado corsé negro y ligas del mismo tono, recostada en una suntuosa cama hexagonal, entre sábanas y almohadones de seda kartelasiana púrpura, con sus brazos inferiores sobre sus muslos y los superiores tras la cabeza, en una pose muy sensual. En la esquina derecha de la imagen había una dedicatoria escrita con labial rojo: *para mi pequeño y amado Karren, siempre tuya… Lishgemtelish*.

—¡¿Tienes una fotografía de Lishgemtelish?! —Aulló el campeón, rojo de ira—. ¡¿Una imagen de mi esposa, en ropa interior y en nuestra cama?!

El grito del guerrero fue seguido de un largo, oscuro e ingente *Oh*, proveniente del público en las graderías, el que se cortó abruptamente, cuando Hashlaframhash dirigió la mirada hacia las tribunas. Conseguido el silencio, volvió al doctor.

—¡Ahora sí, esto es personal! ¡Te causaré tanto dolor que desearás no haber existido y…!

—¿Entonces ya me odias? —Le interrumpió el humano, en tanto empujaba nuevamente los lentes sobre su nariz.

—¡¿Que si te odio?! —Vociferó el guerrero, al tiempo que con su diestra superior abría una navaja tremantana, de aquellas con triple filo y puntiagudas medialunas de acero en su centro, el arma blanca más letal de Bunda, al punto de estar prohibida en el resto del sistema Inferno (y en otros tantos en la galaxia).

—Sí, creo que me odias lo suficiente —dijo Karren Jebalaghannas III, sonriendo y apretando con sus dedos la muñeca del brazo izquierdo superior de su oponente, justo en el instante en que éste levantaba la mortal daga y el público se ponía de pie y estallaba en un rugido de júbilo. Sin embargo, en el momento en que el arma alcanzaba la máxima altura y parecía que caería inexorablemente sobre el pecho del doctor, algo ocurrió; Hashlaframhash inmovilizó su brazo (de hecho, los cuatro).

—¿Qué… qué es lo que…? —balbuceó el campeón, primero mirando extrañado el arma en su brazo y luego el rostro de su antagonista.

—No me siento bien… yo… —dijo el tremantano, tambaleándose y con débil voz, mientras un murmullo generalizado se propagaba por todo el estadio; y los números de la tabla de apuestas giraban hasta marcar una nueva estado: doscientos a uno; a favor de Karren Jebalaghannas III.

—Son los efectos secundarios normales, al inicio de una exo-transferencia emocional —indicó el doctor—; mareos, sensación de desvanecimiento, pérdida del equilibrio…

—Pero… ¿Qué es esto? —Exclamó Hashlaframhash, llevando una de sus manos a sus ojos, mientras las cifras cambiaban una vez más: seiscientos a uno; a favor del pequeño humanoide.

—Ah, son lágrimas —le contestó el científico—. Y en tu caso, azules; muy bonito color. Y es otro efecto, pero derivado de las emociones involucradas en la transferencia; todo el odio visceral que sentías por mí, lo intercambié por una emoción propia y abundante; y opuesta.

—No sé a qué sentimiento te refieres, pero es extraño —señaló el guerrero, limpiándose una lágrima añil de su mejilla—. Y creo que también es…

—Singularmente doloroso, ¿verdad? —interrumpió el doctor—. Se trata de una emoción que desconocías.

—¿Qué es lo que me has metido adentro? —preguntó con ansiedad Hashlaframhash—. ¿Amistad? ¿Caridad? ¿Piedad?

—No, no, no; nada de eso —respondía su contrincante, negando con la cabeza—. Nada de eso serviría para vencerte por completo, por lo que decidí que debía utilizar una emoción, o una carga emocional, tan poderosa,

que pudiese ser intercambiada expeditamente por el odio que, de seguro, poseerías o sería fácil de desarrollar en ti.

En tanto el doctor se explayaba, el héroe de Bunda se limpiaba una lágrima y comenzaba a sollozar. Y los números de la tabla de apuestas giraban enloquecidamente, hasta un nuevo cómputo: mil a uno, a favor del experto en exoparapsicología y psiquiatría galáctica.

—El problema es que el sentimiento, o conmoción afectiva, que necesitaba para vencerte, tampoco lo poseía yo y…

—Disculpa —le interrumpió Hashlaframhash—, ¿me podrías prestar uno de tus pañuelos?

—Sí, por supuesto —le respondió Karren Jebalaghannas III, acomodando sus lentes—; toma este.



Ilustración: FRAGA

Mientras con sus brazos inferiores lo mantenía levantado, con los superiores tomaba la pañoleta, secaba sus ojos y se sonaba la nariz, con un ruido estruendoso, muy típico de los tremantanos. Y las cifras en las pantallas cambiaban nuevamente: tres mil a uno, a favor del doctor.

—Gracias —le indicó el guerrero, acercándole el pañuelo

notoriamente usado.

—Consérvalo —le respondió su contrincante, con aspavientos de negación de su mano derecha, en tanto con la otra volvía a acomodar sus gafas—. Y volviendo al tema, necesitaba disponer de una emoción fuerte y positiva, para intercambiarla con tu odio, por lo que decidí hacer algo extremo. Decidí…

Hashlaframhash dejó de sollozar y miró detenidamente a su contrincante, al tiempo que los asistentes en el coliseo, todos ellos, guardaban un silencio incondicional, tan profundo como el océano mercuriano de Esdruyanhia, esperando la crucial y anhelada revelación.

—Decidí engañar a mi amada esposa e involucrarme con una mujer también casada, para así adquirir las emociones necesarias para vencerte; culpa, remordimiento, cargo de conciencia.

—Y para asegurarte de que yo tuviese el suficiente odio —susurró Hashlaframhash, asintiendo con la cabeza y con un rictus parecido a una sonrisa—, también decidiste que tu amante fuera mi propia consorte; y que yo lo supiese.

—Si te hace sentir mejor, debo decirte que todo el remordimiento y la culpa que sientes en estos instantes, yo también las sufrí. Aunque en mi caso, por engañar a mi pareja y estar con una mujer casada, a diferencia de ti, que sufre este cargo de conciencia, por los cientos de muertes que…

—Miles —le corrigió con un sollozo el guerrero—. No quisiera pecar de soberbia en un momento como este, pero yo era el mejor; fueron varios miles.

—Sí, gracias por la corrección; varios miles de muertes que llevas a tu haber. Debe ser un enorme peso sobre tus hombros.

—Es una sensación horrible e increíblemente fuerte —dijo el guerrero, empezando a sollozar una vez más, en tanto las cifras volvían a cambiar: cinco mil a uno, a favor de Karren Jebalaghannas III.

—Sí, así es —asintió el doctor—. Pero puedes acabarla fácilmente; imagino que sabes cómo.

—Sí, creo que sí —respondió Hashlaframhash, en tanto volvía a pasar el dorso de una de sus manos superiores por sus mejillas, limpiando dos lágrimas azules.

—Y si te sirve el saberlo, técnicamente seguirás siendo invencible —comentó el doctor, con una sonrisa—; pues nadie te habrá vencido. Excepto tú mismo.

—Es verdad —comentó el guerrero, mientras levantaba con pesadez una de las pistolas de antimateria y la apuntaba a su propia sien, al tiempo que los números en los telones trocaban de nuevo: veinte mil a uno, a favor del enclenque humanoide de lentes—. Es preferible de esta manera, ser recordado como el invencible…

—¡Hashlaframhash!

El agudo grito provenía de las graderías y había conseguido la atención del campeón, el que miraba buscando el origen.

—¡Hashlaframhash!

Se volvió a oír el nombre con la misma voz, no obstante, esta vez Hashlaframhash descubrió la procedencia; provenía de uno de los palcos más cercanos a la arena, en donde una hermosa tremantana se mostraba de pie, con las manos inferiores entrelazadas y las superiores rodeando su boca, para aumentar la potencia de sus alaridos.

—¡Hashlaframhash! —se escuchó por tercera vez.

—¡Lishgemtelish! —murmuró el guerrero, con la mirada en el palco y la pistola de antimateria aún en su sien.

—¿Lishgemtelish? —consultó su contrincante, girando la cabeza y afirmando los anteojos—. Vaya, pensé que no le gustaba tu trabajo como gladiador.

—Así es, lo odia —afirmó Hashlaframhash, sonriendo—; y aún así vino a verme.

—¡Estimados espectadores, esto es algo sumamente inusual! —anunció Posanter-Bru, emocionado y mostrando a Lishgemtelish por los miles de pantallas del coliseo de Bunda—. ¡En el balcón supra imperial ciento cuatro ha aparecido la esposa del campeón! ¡Sí, queridos asistentes, la mismísima consorte del gran Hashlaframhash!

El público estalló en gritos y aplausos.

—Hashlaframhash, mi amor —dijo la tremantana, con los brazos abajo, los cuatro, y una voz tenue y dulce, reproducida por los parlantes de los miles de telones del gigantesco estadio—. Vine para decirte que te amo y que nos demos una nueva oportunidad; claro, si es que tú aún me amas.

Se produjo una mudez generalizada en todo el coliseo que, luego de algunos segundos, fue roto por el guerrero.

—¿Sabes, Karren Jubu…?

—Karren Jebalaghannas III —le corrigió su contrincante, con aspavientos de una mano.

—Eso, Karren Jebalaghannas III, doctor en psico…

—Experto en exoparapsicología y psiquiatría galáctica —le volvió a rectificar el aludido, sacando un nuevo pañuelo de sus bolsillos.

—¿Sabes, Karren Jebalaghannas, experto en exoparapsicología y psiquiatría galáctica, que es lo que acabo de descubrir?

Su contrincante movió la cabeza negativamente, al tiempo que limpiaba sus lentes, una vez más.

—Descubrí que el remordimiento que me contagiaste es una emoción vigorosa; sorprendentemente, más que el odio —afirmó Hashlaframhash, todavía sosteniendo con sus extremidades inferiores al doctor y apuntando a su propia cabeza con el arma de antimateria—. No obstante, también he aprendido, gracias a la presencia de mi bienamada Lishgemtelish, que la más poderosa de las emociones es…

Repentinamente, el campeón detuvo su exposición y desvió la mirada hacia el cielo, produciendo una demora en el relato y la atención total de todos los asistentes, incluidos su cónyuge y el presentador.

—¿El amor? —consultó el doctor, consiguiendo un generalizado *Ah,* en el estadio. Hashlaframhash regresó la vista hacia su contendor, con el ceño fruncido.

—Por supuesto que no; me refería al placer sexual.

—Pero…—balbuceó Karren Jebalaghannas III, sujetándose los lentes—, ni siquiera se trata de una…

Antes de que terminase la oración, la cabeza del científico se evaporó, quedando en su lugar una pequeña nube de diminutas partículas.

—Ya lo saben —señaló el guerrero hacia las graderías, en tanto soplaba el cañón todavía humeante de su pistola de antimateria—; el sexo es más fuerte que el arrepentimiento.

Luego de un mudo instante el público estalló en aullidos, silbidos y aplausos, repitiendo el nombre del campeón, en tanto Lishgemtelish subía a un dron plataforma y era llevada hasta el centro de la arena, junto a su marido.

—¡Hashlaframhash! —gritó la hermosa tremantana, mientras saltaba del dron y le abrazaba, aferrándose a su cuello, dándole un largo y apasionado beso y provocando más gritos y aplausos de los asistentes.

—¿Lo hiciste? —le preguntó el campeón a su consorte, a quien abrazaba con sus extremidades superiores, mientras aún sostenía con los inferiores el cadáver de su contrincante.

—Por supuesto; esperé a que los momios se hallasen a veinte mil a uno en tu contra, como dijiste.

—¿Y apostaste…?

—Toda nuestra fortuna; ahora somos los más ricos de Bunda.

—Y de todo el sistema Inferno.

En ese instante Hashlaframhash volvió a besarla, mientras el público vitoreaba su nombre y el cuerpo decapitado de Karren Jebalaghannas III, experto en exoparapsicología y psiquiatría galáctica, se balanceaba entre los brazos inferiores del invencible campeón de Bunda.

Milenko Karzulovic nació en Santiago de Chile en 1965, y fue primero músico, luego académico y posteriormente escritor y creador audiovisual. Actualmente, un poco de todo eso, pero con énfasis en la escritura: la fantástica, con toques de ironía y muchos halagos y referencias al cine de antaño.

Entre el 2009 y el 2015 escribió y dirigió dos cortometrajes, autoeditó y publicó dos novelas y un texto de teoría musical (El Libro de las Escalas), y, nos cuenta, “casi conseguí no quedar en quiebra. Luego de un par de años oscuros —incluidos la venta del otro riñón y un patético regreso a la prostitución—, publiqué en 2018 una novela de terror gótico, con una editorial española (Ediciones Camelot América). La obra se llama *El Barón de Pest, Libro Primero de Los Padres de la Luna Llena*, y se encuentra en librerías de México y Argentina (no así en Chile, curiosamente, mi propio país)”.

Ha publicado en Axxón; en Ficciones: LA MALDICIÓN DE LARRY (nº 291)

Todos terminan igual

Diego Martínez

ARGENTINA

El ataque de los demonios esta vez es salvaje, es como una explosión, dejo de lado la idea de pasar por el colegio. Tengo que ayudar a esta gente... ¡Nunca vi tantos! ¡Casi oscurecen el cielo! Empiezo a correr hacia la Nueve de Julio, por Independencia, mientras busco la navaja... ¡Están atacando con todo!

—Otra guerra al pedo— dijo mi viejo cuando pasaron en el noticiero al presidente, confirmando que también nosotros apoyábamos a las tropas de la OTAN—. ¿Me querés decir qué tenemos que ir a hacer nosotros a la otra punta del mundo? ¡Que se maten entre ellos, che! ¡Si acá tenemos petróleo, para qué carajo nos tenemos que meter a matar turcos, o no sé qué mierda son, por un poco más! Si por lo menos nos achicaran un poco la deuda externa, pero ni eso… ¡Que se vayan los yanquis solos, y se dejen de joder!

Mi hermanita y yo nos miramos; a los dieciocho años, nunca había vivido ninguna guerra en mi país, aunque sí sabía que cuando mi viejo era joven habíamos hecho una guerra suicida contra los ingleses, y que después nos habíamos metido de colados en otras guerras en Asia en países que nunca me pude aprender…Mi vieja clavó la mirada en el televisor.

—¿Y si vienen a atacarnos? —preguntó a nadie en especial—. ¿Con qué nos defendemos, con las armas que tienen ellos? En Brasil y Méjico ya hubo represalias… —De repente miró a mi viejo, enojada—. ¿Ves? Ahí tenés a tu presidente; este año votalo de nuevo, sabés…

Con la navaja en la izquierda, me hago el corte en la palma derecha, casi encima del último tajo, mientras sigo corriendo; enseguida me corto también en la palma izquierda.



Ilustración: Pedro Bel

Estaba en una pizzería, después del cine, con los chicos del colegio, cuando vi a los demonios por primera vez. En ese momento hablaba con Graciela, tratando de convencerla para que la próxima vez saliéramos solos, cuando algo que se movió unos metros detrás de ella me llamó la atención; le habrá impresionado a ella mi cara, porque se dio vuelta enseguida para mirar.

Jorge, a mi izquierda, saltó hacia atrás con la silla; Graciela gritó mientras intentaba pararse, y se cayó golpeándose con la mesa. Toda la pizzería era un griterío de dolor y de miedo, los demonios salían del suelo, o aparecían en el aire, otros parecía que entraban desde la calle, atravesando los vidrios…Por un momento me quedé congelado, viendo a esas cosas horribles volando de un lado a otro, también gritando, y arrancando cabezas, brazos, cortando personas en dos con sus garras, mientras todos trataban inútilmente de escapar. Oí que alguien gritaba "¡diablos!", y por un segundo pensé en las películas yanquis, y después me di cuenta de que sí, eran diablos los que nos atacaban; eran tipos horribles, peludos, por momentos negros o medio transparentes, con unas alas tremendas que apenas movían mientras volaban; recuerdo que en ese momento me llamó la atención que no tuvieran cuernos. Ricardo y Laura me despertaron.

—¡Vení, vamos para afuera!

Pero salir era imposible. Los demonios bloqueaban la salida y nos arreaban hacia el centro del local. Graciela me gritó desde abajo de la mesa.

—¡Sergio, vení!

Me tiré al suelo, pensando en esconderla con una pila de sillas y mesas. La agarré de las manos, estirándome para alcanzarla, cuando vi a Ricardo que caía cerca de mí, bañado en sangre; me arrastré un poco más y abracé a Graciela, que gritaba y lloraba, mirando a nuestro compañero muerto. Busqué a los demás chicos con la mirada, cuando vi a Jorge que se tropezaba con alguien y se caía cerca de nosotros; un demonio tremendo venía planeando derecho hacia él, con los brazos extendidos hacia adelante.

Vi las garras apuntando a mi amigo, vi la cara de ese monstruo horrible con una expresión mezcla de odio y placer, sentí el corazón latiendo a mil por hora, quise gritar y no pude. Salté hacia Jorge, tirando la mesa hacia atrás.

—¡No! —grité al fin, abrazando a mi amigo.

El demonio se detuvo a medio metro de nosotros, me miró con cara de miedo, mientras parecía que se aclaraba y que fuera a desaparecer, y se movía lentamente hacia atrás. Miró a Graciela.

—¡No! —le grité— ¡No! ¡Andate!

Empujé a Jorge al suelo, contra Graciela, justo cuando dos demonios caían sobre ella; me arrastré sobre él, hasta alcanzarla.

—¡Sergio!

Sentí a Jorge temblando bajo mis piernas; mi pantalón se me había corrido hasta la rodilla, y sentía su mano aferrándose de mi tobillo. Apoyé la cabeza de Graciela en el suelo, tapándole los ojos. Los demonios giraron en el aire y se fueron.

Entonces grité con toda la fuerza que pude juntar:

—¡Váyanse! ¡Hijos de puta, váyanse! ¡Váyanse!

Me largué a llorar, dándome cuenta de la cantidad de muertos, de destrozos, de sangre, a mi alrededor. Jorge se movió, debajo de mí, y me corrí para dejarlo levantarse. Le pregunté a Graciela si estaba bien, los dos todavía en el piso.

—Sergio —dijo mi amigo, apoyándose en una mesa dada vuelta, y mirándome con ojos vidriosos: —Se fueron…

Llego a la Nueve de Julio, hay un amontonamiento de autos chocados, autos intentando salir de ese quilombo, gente corriendo, o intentando correr entre el fuego y tanta chatarra…Y los demonios por todas partes. Atajo a un hombre que corre hacia acá, y lo marco con sangre en un brazo. Me empuja hacia un costado y sigue corriendo. Me decido por un grupo de personas atrapadas en una camioneta volcada. Me trepo hasta meter el brazo derecho por la ventana, estirándome todo lo que puedo. Uno de ellos ve mi mano con sangre, y sonríe, y aprieta sus dedos contra mi herida, y marca después en la frente a sus compañeros. Salto hacia abajo, mientras los oigo gritarme las gracias, y voy hacia un auto del que tratan de salir dos abuelos.

—Vos nos salvaste, Sergio —me dijo Jorge. Habíamos estado hablando de eso durante horas el domingo, y volvíamos a discutirlo el lunes, en el primer recreo.

—No, loco, te digo que fue casualidad, cortala…

—¡Fuiste vos! ¡Yo vi cuando el bicho ese lo desarmaba a Ricardo, y vi al otro que me venía a agarrar a mí! De repente le veo la jeta horrible, que se le transforma de golpe, parecía muerto de miedo, casi desaparece del susto, y después te escucho a vos y me caés encima…

—Pero pensá un poco, Jorge…

—Lo único que sé es que me salvaste la vida, Negro – los ojos le brillaban, apretó los labios – y si no era por vos, ahora yo también estaría en la morgue como los demás chicos…

Sonó el timbre. Jorge se fue para el fondo, hacia su asiento. Me fui al mío, en la segunda fila. Nadie había ocupado los cinco lugares vacíos de nuestros compañeros muertos.” Todo por esa guerra de mierda”, pensé.

La vieja de Geografía nos dio su pésame, nos expresó sus opiniones con respecto al terrorismo internacional que ahora ni siquiera usaba explosivos “como antes”, nos habló de los otros tres ataques que había habido en otras provincias, a la misma hora que el de la pizzería, y de otros ataques el día domingo, todos en lugares con mucha gente.

Me di vuelta, buscando a Graciela, y la encontré mirándome con los ojos tristes, mientras me llegaba como desde muy lejos la voz de la profesora hablando sin parar, cuando un grito terrible, agudo, que me perforó los oídos, casi me hace saltar en el banco. ¡Eran demonios, saliendo del ángulo de la pared del pizarrón con el suelo! Sin pensarlo, empujé a mis compañeros del banco de atrás tratando de llegar a Graciela, que hacía lo mismo para llegar hasta mí, la alcancé apretando en el medio a Claudia, las abracé con toda mi fuerza y miré hacia el fondo del aula, acordándome de Jorge, cuando lo vi venir saltando sobre los bancos.” ¡Vení!”, le grité, lo vi tropezarse y caer, un demonio destrozaba a dos chicos juntos, cerca de él; se levantó y saltó de nuevo hacia mí, se colgó de mi mano izquierda” ¡Salvame, Sergio, salvame!”. Los demonios nos esquivaban; otros chicos se tiraron encima de nosotros, Claudia y Graciela temblaban y lloraban, yo no podía ver nada, pero oía las corridas, los gritos de los demonios y de los chicos, después una sirena, ruido de vidrios rotos…

Entonces todo se calmó de golpe. Esperé un poco.

—Ya está chicos, ya pasó… —Sentí que se movían sobre mi espalda, oí las voces de mis compañeros llorando. Jorge me agarró por los hombros, de golpe.

—¿Viste, boludo? Nos salvaste otra vez…

Pero no los había salvado a todos. Solamente a Jorge, Graciela,

Claudia, Acuña, que me había estado gritando de miedo en la oreja y me tiraba del pelo, y Cortés, que a último momento se había tirado encima de todos. Los demás, la profesora, todos los chicos, estaban muertos. Salimos al patio, a buscar más sobrevivientes…

En todo el colegio no había nadie más vivo.

Estoy casi llegando a donde están dos viejitos, cuando un auto fuera de control se me viene encima, corro para un costado, y me salvo trepándome a un colectivo chocado contra uno de los árboles de la plazoleta.

Esa vez habían atacado al mismo tiempo en muchos más lugares en todo el país. Los noticieros pasaban las imágenes de los muertos y los destrozos, imágenes que conocíamos mejor que nadie; especulaban con este nuevo tipo de guerra, seguramente más barato que las armas convencionales, aceptadas por Ginebra; el presidente se quejaba contra los del Oriente Medio ("la Coalición", los llamaban los periodistas) por no practicar una guerra limpia, y repetía por milésima vez los argumentos de nuestra sociedad "occidental y cristiana".

Nos reunimos otra vez con Jorge y Graciela, y ahora con Claudia, Acuña, y Cortés. Ya me habían convencido de que yo los había salvado, aunque no entendía ni aceptaba del todo el cómo, o el por qué. Estábamos todos en mi cuarto, preparando los "amuletos". Después de repasar lo que había pasado en el colegio, llegamos a la conclusión de que habían sobrevivido únicamente los que me habían podido tocar, o los que yo había tocado…Los que habían hecho contacto con mi piel, o con mi pelo, sin ropa de por medio. Cuatro chicos se me habían tirado encima, apretándose contra mí, pero apoyados en mi ropa. Sólo Acuña y Cortés se salvaron. Acuña había propuesto la idea de los amuletos, después de contar que al terminar el ataque se encontró solo, a unos metros de nosotros, apretando en un puño un manojo de pelos que me había arrancado sin querer, durante el pánico que le provocaron los demonios. Cortés contó que a pesar de no haber creído lo de la pizzería, decidió hacer lo mismo que los demás que habían venido hacia mí, y saltó encima de ellos. No había pensado en tocarme, sólo en estar cerca, pero recordó que durante el amontonamiento una de sus manos se metió por un agujero en mi camisa rota, quedando en contacto con mi espalda…

Graciela y Claudia me cortaban mechones de pelo; Acuña los separaba como para no desperdiciar mucho, y Cortés y Jorge les pegaban un pedazo de cinta adhesiva. Los primeros amuletos se los pegaron todos ellos en el pecho, y mis viejos y mi hermana. Después preparamos los suficientes para

sus familias, fueron a sus casas, y antes de una hora estuvieron todos de vuelta. Acuña ("díganme Andrés, che"), llegó primero, aunque vivía más lejos que los demás. Fue él el de la idea, y fue el primero en probar si servía. Un día después de la reunión, mientras salíamos de la casa de Jorge, vimos un ataque a unas tres cuadras de donde estábamos. Cuando todos comenzamos a correr para otro lado, Andrés me agarró del pelo, me cortó un mechón con una navaja que tenía escondida, y salió corriendo para el lado donde estaban los demonios. Me quedé paralizado, con la boca abierta, no lo podía creer. Enseguida salí corriendo detrás de él sin poder alcanzarlo, lo vi correr directo hacia un demonio que estaba volando hacia unos chicos que intentaban entrar a una casa (era el demonio más grande de los que había visto hasta ese día), entonces lo veo a Andrés que lo encara, agita los brazos, les grita algo que no entiendo, en eso el monstruo frena en el aire, lo mira, y se abalanza sobre él. Lo recuerdo todo como en cámara lenta, a Andrés tapándose la cara con los brazos, y encogiéndose todo, pero levantando la mano con mis pelos, el demonio que cae sobre él, como si lo envolviera, se hace transparente, salta hacia atrás de golpe, haciéndose oscuro de nuevo, ya estoy bien cerca, grita algo mientras me mira a los ojos, se ríe desde allá arriba, y se va…

Marco a los dos abuelos y me tiro debajo de un auto, donde hay una mujer escondida, con tres chicos. Después de marcarlos, al salir, alguien me abraza, y me pide que lo ayude. Lo miro, es un hombre mayor, temblando de miedo. Lo marco en la frente, me da un beso, y se arrodilla. Corro hacia otro lado. Más allá veo a otro mesías trabajando. Me paro en el techo de un auto, y chiflo bien fuerte. El otro no me oye, entre tantos bocinazos, y gritos, y motores. Chiflo de nuevo, ahora mira para este lado. Es un tipo de unos cincuenta años, grandote, canoso. Le hago señas con los brazos, y me pongo con las piernas juntas y los brazos en cruz, la señal que usamos para identificarnos; él hace lo mismo. Ahora sabemos que tenemos repartido el terreno para trabajar. Se me acerca un montón de personas corriendo, perseguidas por tres demonios." ¡Atrás!" les grito a los monstruos, "¡Atrás!". Uno de los demonios se acerca hasta unos dos metros, y riéndose dice, con una voz extraña, que me da escalofríos, "¡Nadie se salva!". Le grito "¡Andate mierda!", y se van los tres…

Me costó entender a Andrés, porque mientras me hablaba yo miraba para otro lado, haciendo fuerza para no llorar.

—¿Me escuchaste, Negro? ¿Che, Sergio, escuchás?

—Eh…No, disculpá…

—¿Qué te pasa?

—No sé, Andrés, no entiendo nada —me largué a llorar—. ¿Por qué yo, loco? ¿Por qué a mí no me pasa nada y todos los demás se mueren? ¿Quién soy yo, qué hice para ganarme esto?

Andrés me abrazó.

–No sé qué hiciste para ganarlo, pero sé que lo compartiste con nosotros, con los que tenés más cerca…Y sé que es importante que te sientas mal por los que no podés ayudar.

Se quedó callado un rato, como pensando bien lo que me tenía que decir; de pronto se apartó de mí, y me dijo sonriendo:

–Tengo dos noticias, una buena y una mala…

—Primero la mala.

—Ya sabía. Te cuento las dos.

Enseguida empezaron a llegar los demás, así que esperamos a estar todos juntos para no interrumpirlo a cada rato. Nos contó que en la radio habían comentado que en varios de los ataques en todo el país se había visto que había personas que eran inmunes a los demonios, y que hasta los podían ahuyentar. ”No estoy solo”, pensé. Esa era la buena noticia; la mala, según él, era que el gobierno convocaba a esas personas para que colaboraran en una posible defensa contra el enemigo.

—¿Y eso que tiene de malo? – preguntó Claudia.

—Que una vez que los tipos como Sergio estén identificados, sus vidas van a estar en peligro… —nos miró a uno por uno–. Siempre hay espías infiltrados en todos los gobiernos…

—Vos ves muchas películas –dijo Graciela, tratando de no darle importancia, aunque me di cuenta de que estaba preocupada.

—No, no veo muchas películas. Además, las películas se basan en la realidad. Esta es una guerra sucia, esos hijos de puta son capaces de cualquier cosa… Y a veces hasta pienso que estos demonios no son armas de la Coalición, ¿no les parece que podrían ser algo inventado por los de la OTAN, y que están probando con nosotros, y que de paso los usen para hacernos creer que son culpables los turcos…? Ya sabemos cómo es de retorcida la mente de los yanquis…No sé qué piensan ustedes, pero me parece urgente que escondamos a Sergio.

Me toco la barba, en tres semanas me creció un montón.

—Tenés que esconderte, dejarte la barba, Sergio, no sé, disfrazarte de croto…Y nadie más debe saber lo que podés hacer.

—Ya lo sabe mucha gente.

Jorge tenía razón, nuestras familias lo sabían, nuestros amigos, y cada vez que salíamos a ayudar a la gente, más me iba exponiendo.

—Tenés que rajarte de acá, Sergio, y tu familia también —siguió Andrés–. Tenés que tener mucho cuidado.

Graciela iba a la iglesia seguido, yo hace rato que no voy, pero le pedía todos los días a Dios que se terminara la guerra. Un tipo de la tele decía que estos demonios eran demonios de verdad, que la Coalición había hecho un pacto con el diablo, que eso justificaba otra Guerra Santa…

Mis viejos se convencieron de ir a lo de mis tíos en el campo, después de ver las noticias sobre los atentados a los "mesías" (como nos habían bautizado los periodistas) y a sus familias. Pasé unos días con Jorge, después con Andrés; cuando las cosas se pusieron más pesadas nos escondimos los tres en una casa abandonada en San Telmo. Claudia se borró. A Cortés lo echamos cuando lo encontramos vendiendo amuletos de "pelo de mesías".

—¡Dijimos que eran para repartir, no para vender! —le grité.

—Mirá, Negro –se defendió—, vos si querés regalá todo lo que quieras, vos estás a salvo, yo me juego la vida con los demonios todos los días, por defenderte…

—¡Pero, boludo! ¡Yo también me juego todos los días! ¡O los tiros del otro día eran en joda! ¡Me querían hacer boleta, boludo! ¡Yo también me juego como vos!

—Somos un equipo… —empezó a decir Andrés.

—Vos callate, quién te creés que sos…

Le metí una piña en la cara. Gracias a Andrés había salvado a mi familia, a muchos amigos, a muchos desconocidos. Gracias a él habíamos descubierto que también podíamos usar mi sangre, o raspados de piel, o del interior de la boca (ya me había quedado casi pelado), para hacer amuletos contra los demonios…No me banqué que atacara a Andrés, que el día de los tiros me protegió con su propio cuerpo.

—Tomátelas —le dije a Cortés.

No lo volvimos a ver.

Veo un tipo que sale de su auto con una cámara de video, y apunta hacia los demonios; aparta la cara del visor, mira a los monstruos, vuelve a tratar de enfocar la cámara. Me río un segundo, sigo marcando a la gente, me acuerdo del diario que comparaba a los demonios con los vampiros de las películas, porque no se reflejaban en los espejos, ni podían

ser fotografiados o filmados. Un montón de personas vienen corriendo hacia acá, perseguidos por varios demonios. Entre ellos veo a una chica. ¿Graciela? No, está con su familia en Córdoba, en un pueblito…No, no es ella.

—¿Así que no existen, que los imaginamos nosotros? –dijo Graciela sonriendo, cuando leíamos lo de los espejos.

—Sí que existen, ¿o no desarman a la gente cono papel? –preguntó Jorge.

—A la gente sí –aclaró Andrés–, pero ¿los viste alguna vez romper algo, alguna cosa? ¿Un vidrio, una pared, algo?

Otra vez Andrés tenía razón. Los demonios atravesaban las cosas, las cosas se rompían cuando la gente trataba de escapar y las golpeaba, pero ellos no tocaban nada. Andrés pensaba que había algo que nos alteraba el cerebro, que nos hacía ver y oír a los demonios, y que eso nos asustaba tanto que, en la desesperación por huir, terminábamos lastimándonos entre nosotros, y creíamos ver que eran ellos los que despedazaban con sus garras a la gente. Jorge le argumentó que eso no explicaba cómo los mesías podían ahuyentar a los demonios, si eran algo que sólo existía en nuestras mentes, así que forzosamente tenían que ser algo físico…

Siguen corriendo hacia mí. Voy hacia ellos. Más allá veo a otro grupo empujado hacia mí por los demonios. No puedo ver al otro mesías.



Ilustración: Marina Dal Molin

Andrés lo cargaba a Jorge, por su idea de pintar, o de manchar, un helicóptero con sangre de mesías, para ahuyentar demonios; le decía que en

lugares cerrados no serviría para nada, y además, quién se animaría a pilotearlo. ”¡Yo sí!” decía Jorge. Mientras caminábamos, yo seguía pensando en el ataque de la noche anterior, en Avellaneda. Dos demonios se me habían acercado tanto, que dando unos pocos pasos los hubiera podido tocar, y uno de ellos me había dicho con esa voz horrible que hace temblar y sudar frío, de miedo, ”Somos una legión, somos el adversario, el arma perfecta. Nadie se salva. Todos terminan igual…” Tenía miedo, pero corrí hacia ellos gritando, con los brazos extendidos, y desaparecieron.

Marco a los primeros, enseguida llegan los otros, gritando.

Después de venir de Avellaneda, decidimos volver a San Telmo; nos escondimos en el colegio, pensamos que era un buen lugar, cerrado y abandonado como estaba. Ayer a la mañana, cuando salimos a la calle, un auto se nos tiró encima y lo hizo volar por el aire a Jorge. Yo me golpeé un poco al caer al suelo, y Andrés en la cabeza. Jorge está muy mal, en terapia intensiva. Hoy Andrés se quedó con él, mientras yo me iba para el colegio a buscar algunos amuletos y otras cosas.

Son un montón de personas, cada vez llegan más, no alcanzo a marcarlos bien, me aprietan, se empujan entre ellos, me arrancan la camisa, se aprietan contra mí, me arañan…

Los diarios, los noticieros, repetían a cada rato cómo el gobierno investigaba el origen de los ataques, y cómo denunciaba ante la ONU lo inmoral de este nuevo tipo de atentados.

Les grito que esperen, que se calmen, los demonios vuelan sobre nosotros en círculos, gritando, y estos pobres me aprietan más fuerte todavía, veo a unas cuatro cuadras otro amontonamiento de gente con demonios como buitres, debe ser el otro mesías, me caigo al suelo, me tiran del poco pelo que me queda, me rompen los pantalones, les grito que paren pero no paran, en un hueco entre las cabezas veo contra el cielo un demonio que baja y planea sobre nosotros, grita fuerte, algunos se asustan y se van, pero otros me siguen tironeando, ya no veo nada, me tapo la cabeza con los brazos, oigo que el demonio grita nadie se salva, y grito que no, me río un poco pensando en que yo no me salvo, yo no me voy a salvar, pero esta gente sí, yo también voy a morir desarmado en pedazos, pero ya no me importa con tal de no dejarlos ganar a estos bichos hijos de puta, esta gente sí se salva, se está salvando, y un día vamos a descubrir cómo funcionan los demonios y no van a joder más, gracias Dios porque por lo menos pude ayudar a algunos, cuidá a mi familia, y a Jorge, y a Graciela, y a Andrés, y a…

Nos cuenta Diego Martínez, el autor:

«Soy médico, y docente de la Facultad de Medicina del Comahue. Vivo en la ciudad de Neuquén, con mi esposa y mi hija menor (tengo un hijo y una hija estudiando en Buenos Aires).

»Empecé a escribir cuentos (y algo de poesía) a los quince o dieciséis años. Siempre en forma irregular, no lo hago con una producción tan pareja como me gustaría.

»En el secundario gané un segundo premio, con un cuento de terror, y en esa época recibí buenos comentarios de dos cuentos breves, en un concurso de la revista *Humor y Juegos*. La revista *Sinergia* publicó mi cuento "Animales genus", a mis 19 años. Poco después, la revista Ácronos publicó "Como una película que ya se vio antes".

»Recibí una mención en un concurso literario para médicos (soy médico desde 1991, ¡el milenio pasado!), por "Un tren en el fondo de casa". Escribí algunos cuentos para mis hijos, y algunos que quedaron guardados en cajones. Décadas después encontré a Axxon, cuando publicaron "Orden directa", basado en la Secretaría de Asuntos Estrambóticos, creación de Sergio Gaut vel Hartman. Él me estimuló mucho a arrancar de nuevo, y así fue que formé parte de Heliconia, y participé de las antologías "Grageas 2" (con "La burbuja caliente") y "Grageas 3" (con "Feromonas"), y "Todo el país en un libro" (con "El castillo de las cien torres"). Publiqué dos libros de divulgación médica, para público en general, "Artritis", y "Guía para celíacos", en los cuales explicaba esas patologías mediante la historia de dos pacientes ficticias.

»En estos años, tal vez, cuarentena mediante, estoy tratando de retomar la costumbre de escribir, y ordenando escritos que tenía guardados.»

Ha publicado en Axxón; en Ficciones: ORDEN DIRECTA (nº 163)

Equipo

Axxón

Equipo de redacción: Chinchiya Arrakena, Pablo Contursi, Gustavo Courault, Carlos E. Ferro, Ana Guido y Spano, Marcelo Huerta San Martín, Ricardo Manzanaro, Andrés Nieto Bugallo





Encuéntrenos en:

- Axxón:
    - Sitio principal: http://axxon.com.ar
    - Facebook: https://www.facebook.com/axxon.cienciaficcion
    - Twitter: **@axxoncf**
- Axxón Móvil:
    - Descargas: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
    - Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
    - Facebook: https://www.facebook.com/AxxonMovil
    - Twitter: **@axxonmovil**

Versión ebook generada por **Marcelo Huerta San Martín**